

Las manos de Dios en la comunidad familiar

por Enrique E. Fabbri S.J. (Buenos Aires)

*"El matrimonio es un medio para el hombre
de vislumbrar mediante su experiencia la
ternura de Dios a la humanidad".
"Vuestro cuerpo es el arpa de vuestra alma.
Y a nosotros corresponde arrancar de ella
música melodiosa o confusos sonidos".*

Kalil Gibran¹

Estas "manos" divinas trabajan continuamente en el corazón del hombre y, por ende, de su hogar en donde vive en intimidad, como lo dijo insinuantemente el mismo Señor Jesús: *"Mi Padre sigue trabajando, y yo también trabajo"* (Jn. 5,17). Como poéticamente describían esta acción los Padres de los primeros siglos de la Iglesia, el Padre celestial es el gran Arpista que pulsa dulcemente las cuerdas del corazón humano y sus familias al acariciarlas con sus dos "manos", la de su Hijo, Jesucristo, y la de su Espíritu de Amor. El varón y la mujer son así invitados a cantar con la dulzura de sus voces, que manifiestan su historia, la letra de esa melodía para que todo sea en su vida para la gloria de Dios.

La Pastoral de hoy ha de ser, por eso, ante todo, una pastoral que ayude a los cristianos, sobre todo casados, a penetrar e interpretar el sentido de su fe en relación a su amor, cuya cumbre es en este mundo el amor conyugal como reflejo más pleno del amor divino que se revela como Esposo. Eso pide un serio esfuerzo para superar el ambiente "desacralizado" en que hoy le toca vivir al ser humano. Los gestos sacramentales, aún los más significativos, están sociológicamente desvalorizados, o porque no son entendidos por la gente simple, o porque están desacreditados por la fuerte corriente de secularización que se advierte en todos los grandes centros urbanos. Para que el sacramento

¹ *El Profeta*, ed. Goncourt, Bs. As., 1972, pg. 84.

pueda ser comprendido y vivido en su más profunda realidad, donde es un encuentro *personal y personalizante* con Cristo resucitado mediante un gesto histórico, es decir un gesto real, actual y sensible, vicario de su presencia, es necesario un triple esfuerzo: aclarar y profundizar el dato de fe que en sí encierra; mostrarlo encarnado en los signos perennes de la historia de los hombres; saber proyectarlo de un modo relevante al hombre de hoy.

Hay que ayudar a comprender el núcleo más íntimo de esta realidad humana y cristiana que se llama matrimonio. Ir más allá de lo puramente institucional o cultural. Muchos cristianos ven este sacramento como una confirmación de la institución matrimonial como era concebida en sus propias estructuras culturales, en lugar de ver en las palabras reveladas el nuevo y exclusivo punto de partida para considerar al matrimonio como activamente incluido dentro del plan de salvación. Como escuetamente lo afirma Schillebeeckx *"es, cara al reino de los cielos cómo el matrimonio terreno, consagrado por Cristo, puede manifestar toda su riqueza interior..."*².

El matrimonio tiene en sí un *significado de salvación* cuya misión es orientar el espíritu del hombre hacia el otro y en él hacia el Dios soberanamente libre por el camino del amor sexual. Esto trasciende lo institucional y cultural del matrimonio y se incluye en él como su núcleo más profundo y misterioso. Lo cual de uno u otro modo ha sido presentado por la humanidad y por eso lo ha rodeado siempre de un contorno ritual y religioso y ha legislado sobre él. Sólo que los cristianos al no tener por mucho tiempo plena revelación pública y oficial sobre el mismo matrimonio o no haberlo comprendido del todo cuando recibieron su catequesis, por lo general, no llegaron a penetrar todo su sentido interior.

1. Sacramento y presencia del Señor

El gesto sacramental es ante todo y por encima de todo una palabra que santifica. Palabra y sacramento no son dos caminos de santificación del hombre, sino un doble camino: la palabra está orientada al sacramento y éste se explica y asimila en el corazón del cristiano en la medida que el fiel se haga capaz de comprenderlo. El descuido de esta dimensión personalista del sacramento ha llevado en la práctica a reducirlo inconscientemente a una especie de rito mágico.

² *El matrimonio: realidad terrena y misterio de salvación*, I. ed. Sígueme, Salamanca, 1968, p. 68.

El sacramento es el encuentro eficaz de un hombre, bien dispuesto, con el Señor en el seno de la Iglesia mediante un signo visible y dinámico puesto por ella misma. Por el sacramento Cristo entra en relación con los principales acontecimientos de la vida de los hombres haciéndose misteriosamente presente en ellos. Donde hay un sacramento hay una presencia del Señor y cuanto más estable es el sacramento, más plena y significativa es esa presencia. Esto es sobre todo característico de los tres sacramentos que imprimen carácter -sacramentos de consagración-, a los cuales se agrega el del matrimonio, porque, aunque no imprima carácter, es fácilmente asimilable a los tres anteriores.

La presencia de Cristo, muerto y resucitado -el Cristo pascual- en la Iglesia e historia de los hombres por un lado es múltiple: presencia de Cristo como animador de todo lo creado, presencia de Cristo por la fe, presencia de Cristo por la palabra, presencia de Cristo por el sacramento, presencia de Cristo por la Eucaristía, que resume y culmina todas las otras presencias. No son muchas presencias, sino una misma que se va plenificando. Por otro lado, esa presencia de Cristo plenificante adquiere distintas modalidades en función de la relación que guarda con la realidad concreta del que la recibe y vive de ella. Una es la presencia de Cristo por el bautismo: presencia que incorpora a un nuevo miembro a la Iglesia; otra la presencia de Cristo por la Eucaristía: presencia de Cristo como alimento transfigurador de la Iglesia peregrinante. Y así se puede decir de los otros sacramentos.

Estas modalidades de la presencia de Cristo se suelen llamar "gracia sacramental", pero fácilmente se olvida que no tanto interesa el efecto creado producido por ella, como la modalidad peculiar que esa presencia de Cristo adquiere en el que la recibe. Cada sacramento tiene su propia gracia sacramental, que no es una nueva gracia, sino una modalidad de la única y misma gracia que es la autocomunicación de Dios por Cristo en el seno de la Iglesia. Todo lo dicho permite iluminar ricamente el significado profundo del sacramento del matrimonio.

2. Matrimonio y sacramento

Por los sacramentos el Dios salvador se sigue encontrando con los hombres por el signo visible y eficaz de su presencia que pone la Iglesia por medio de sus ministros. El matrimonio es uno de los sacramentos sociales que construyen el cuerpo de Cristo en la tierra hasta que llegue a su medida final (Ef.4,12-13, 15-16; 5,21-23). Es el símbolo eficaz de la unión de Dios con la humanidad por la unión, visible en la fe, de Cristo con su Iglesia (cf. L.G.7,11,14).

El Nuevo Testamento privilegia la comunidad amorosa de la pareja: Cristo, esposo (Mt. 9,15; 22,1-10; Lc. 14,16-24; Jn. 3,29); nosotros, esposas (II Cor. 11,2). El es el esposo desde el momento que hizo por el Padre y en el Espíritu la *alianza esponsalicia* con la humanidad por su encarnación en el seno de María, imagen plena de la Iglesia. Se entra en este misterio por un sacramento que dice una presencia real, aunque invisible, del mismo Cristo en el corazón de la unión conyugal.

El "elemento básico" de este sacramento es un denso conjunto de actitudes y actos humanos que lleva a dos personas de sexo distinto a unirse en matrimonio (el "sacramentum naturae"). La pareja cuando pide el matrimonio como sacramento ha de ofrecer: el consentimiento de querer ser una comunidad de amor; la decisión de entregarse en sus cuerpos para ser una comunidad de vida que se prolonga en la procreación y educación de los hijos; el compromiso de vivir de acuerdo a las enseñanzas del Señor, interpretadas por la Iglesia, sobre el sexo, el amor, la procreación, la de la institución matrimonial y familiar como la presenta la Iglesia para hacer de ella en el correr de los días *una comunidad de vida y de amor*, como lo pide el Concilio Vaticano II (G.S. 47-52).

El matrimonio cristiano ha de ser iluminado para comprender su profunda y compleja naturaleza desde cuatro centros focales: el sexo, el amor, la historia y el mismo sacramento.

2.1 El sexo

Aparece en la pareja como un misterioso juego en que el deseo persigue su placer que al ser logrado muestra en su finitud que hay algo más que él mismo. Es el gozo que crece y perdura en la medida en que uno no se apega a su placer. La sexualidad se manifiesta en el varón y la mujer mediante una triple dinámica reaccional:

- 1) atracción-excitación orgánica: es el deseo corporal cuya meta es el orgasmo;
- 2) emoción psico-unitiva: es el deseo emocional de posesión (erotismo) cuya meta es la fusión (éxtasis);
- 3) complacencia humana: es el deseo corpóreo-espiritual de estar con el otro, cuya meta es el bienestar bio-psíquico (encanto).

Todo esto, propio de una sana sexualidad conyugal, es obra de Dios y no puede quedar al margen de la obra santificante y transforman-

te del sacramento del matrimonio. Lo que escribió Antoine de Saint Exupery en *El Principito "sólo entendemos las cosas cuando las domesticamos"*, se puede aplicar con toda propiedad al sexo para que sea verdaderamente humano y responda a las exigencias de la vida sacramental. Para que sea un maduro y delicado lenguaje del amor entre varón y mujer ha de aceptar la disciplina que le permita analizar sus pulsiones y tendencias para que se pongan enteramente al servicio del amor en su expresión corporal y erótica³.

La sexualidad es todo lo que en el hombre se presenta como una atracción psico-orgánica de base espiritual hacia el otro ser humano para ponerse con él en una actitud relacional de integración y unificación, mediante la cual el individuo se experimenta como plenificado y proyectado en el futuro para la "creación" de una nueva realidad. Se diferencia de la genitalidad que sólo incluye en sí todo lo que directamente se refiere a los órganos de la perduración de la especie, a su fisiología y a su peculiar modo de actividad mediante aquellos gestos, preparatorios, acompañantes y consecuentes, cuya finalidad es la realización de una *cópula humana*.

Esta genitalidad se integra en la sexualidad que en el hombre es regida por el cerebro. De ahí que propiamente no se puede hablar de instinto sexual, sino sólo de pulsiones y tendencias cuya meta fija el cerebro -órgano de la inteligencia- que puede ser educado acertada o desacertadamente. Por eso en el hombre, y sólo en él, el sexo tiene toda una historia cultural. La enseñanza del Concilio ha sido explícita sobre este punto para evitar cualquier confusión. Si queremos descubrir el valor de la sexualidad humana, cuando se vive ya a un nivel genital, nuestra reflexión no puede olvidar este presupuesto: "*la índole sexual del hombre y su facultad de engendrar superan maravillosamente lo que hay en los inferiores niveles de la vida*" (G.S., 51)⁴.

La sexualidad humana es una manera de ser que afecta a todas las disposiciones del hombre a partir de la cual se desarrolla su vida de

³ Sobre su profundo significado y su educación mediante la castidad he expresado mi opinión anteriormente. Ver: *Hacia una pastoral de la realidad sexual*, Revista CIAS, n. 286, (sept.1979) y n. 287 (oct. 1979); *Persona, sexo y fe*, hoy, *Criterio*, n. 1115 (12.1983) págs. 689-694; *Amor, familia, sexualidad*, ed. Latinoamérica Libros, Bs.As., 1985, págs. 43-50; *Alegría y trabajo de hacerse hombre*, ed. Guadalupe, Bs.As., 1992, págs. 73-87; *Génesis y plenitud del amor conyugal*, ed. Paulinas, Bs.As., 1994, págs. 57-81.

⁴ Ver E. LOPEZ AZPITARTE, *Sexualidad y Matrimonio hoy*, Sal Terrae, Santander, 1975, pág.43.

conocimiento, sus tendencias, sus comportamientos... La sexualidad no es un tiempo, un aspecto de la afectividad; es la afectividad del varón y la mujer. El comportamiento sexual es la actitud general de un individuo frente a un individuo del otro sexo, es decir, la manera en que acepta y reconoce esa diferencia como un elemento de lo real, con relación al cual se debe situar y, situándose, situar al otro, para que ese camino y ese esfuerzo que es y debe ser el crecimiento humano total e integral, se vaya realmente logrando. Pero también se da la contrapartida: rechazar o no saber vivir como conviene esa diferencia y todo lo que ella implica en la realidad, y así empobrecerse y despersonalizarse en su vida sexual.

La sexualidad siempre dice como una sintonía o un impulso interior hacia la genitalidad, la que se inspira en ella. Por eso requiere ser bien formada, para que no despierte y excite lo genital en forma no acertada. En efecto, la sexualidad no está formada, si deja rienda suelta a todo lo que a nivel genital perturba u obstaculiza sistemáticamente el desarrollo y crecimiento ordenado de la afectividad personal. Todas las reacciones de la sexualidad valen en la medida que colaboren a la madurez afectivo-oblativa de la persona: servir a la maduración integral del yo y abrirse al bien verdadero de los otros. Y en función de esta meta han de ser interpretados y disciplinados los movimientos de la genitalidad. Así se va aprendiendo a descubrir cuál es el juego y acto genital realmente maduro y a vivirlo como un serio momento de un gran proyecto de vida y de amor, es decir, en la unión conyugal. Maduración que se plenifica en su dimensión cristiana, cuando se va conformando al sentido que ella recibe en el plan de salvación, en donde el Señor la incluye dentro de un acto de gracia, el sacramento del matrimonio.

En síntesis: lo genital es una forma (la más común e intensa) de expresión manifestativo-corporal de la sexualidad, pero no la única... Es el signo puesto en el cuerpo, de la exigencia del género humano a perdurar como humanidad. Perduración de una unidad creativa en el amor, que va mucho más allá del hijo que brota de la actividad genital. Por eso, es importante determinar cuáles han de ser las reales características de la vida sexual, para dar lugar no a cualquier perduración, sino sólo a aquella que garantice una promoción personalizante e integral de la humanidad.

Sólo una recta visión de la sexualidad sobre su sentido humano y cristiano puede hacerla merecedora de integrarse en la dinámica y el fruto de la gracia sacramental del matrimonio. Esto supone en primer lugar proponer una breve síntesis de lo que la Palabra divina dice sobre el sexo y luego exponer en visión panorámica su triple sentido antropológico.

Las características más profundas y primordiales de la sexualidad aparecen en la manera como la Sagrada Escritura encara la compleja relación entre varón y mujer, sobre todo en los dos primeros capítulos del Génesis. Parecería que allí se hubiese concentrado y sintetizado la sabiduría de siglos, y hasta en forma de prospectiva de futuro, para darnos en cortos y enérgicos pincelazos lo que es la obra maestra que brotó de las manos creadoras de Dios, como lo *más bueno de todo* (Gén., 1,31), y que fue soberbiamente pintado por Miguel Angel Buonarroti en la bóveda de la Capilla Sixtina. En esas páginas sobresale la dignidad fundamental de la pareja humana en tres aspectos: la copertenencia, la corresponsabilidad y la convivialidad.

2.2 La copertenencia

Dios no creó al hombre solo; desde el primer momento "*los creó varón y mujer*" (Gén., 1,27), cuya asociación constituyó la primera forma de comunión de personas; pues "*el hombre es, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás*" (G.S.,12). Ambos son creados a "*imagen y semejanza de Dios*" (Gén., 1,26-27), para que encuentren en una actitud dialogal el misterio de su realidad humana y lo promuevan de acuerdo al designio divino. Por eso *mutuamente* se pertenecen, porque sin escuchar y reconocer al otro en su igualdad dentro de la diferencia, no pueden llegar a la plenitud de su ser. Varón y mujer no se fusionan, ni se complementan por su sexualidad, *se comunican*, es decir *entran en comunión* sin cesar renovada. Copertenencia que es la abertura en cada cual de una dimensión a otra dimensión del ser-hombre, que cada uno por sí solo nunca podría suponer, descubrir e imaginar. Ambos se hacen lo que son en la reciprocidad de un cara-a-cara corporal que los compromete mutuamente. Cada uno es referido al otro, cada uno descubre que es indispensable como compañía. Este es el modo originario del mismo ser humano: ser el uno para el otro una continua inspiración e invitación a ser plenamente hombre sexuado, descubriendo y asumiendo el sentido y la dinámica profunda de su respectivo ser, corporalizado principalmente por su propia sexualidad⁵.

⁵ Cfr. E. FABBRI, *Antropología, mujer y la pareja humana*, Rev. C.I.A.S., nº 216 (IX 1972), pág. 23-36.

2.3 La corresponsabilidad

A la pareja humana corresponde la interpretación de la obra divina y la concreción con Dios, no sólo mediante la mutua y amorosa entrega de sus cuerpos: "*creced, multiplicaos y henchid la tierra...*" (Gén., 1,28), sino mediante el trabajo dialógico y creador de cooperación y esfuerzo que dé lugar a una tierra que crezca armoniosamente de acuerdo al plan y la dinámica de su Hacedor: "*...y transformadla*" (Gén., 1,28). Por eso, el C. Vaticano II, hablando de los cónyuges, pero que en muchos aspectos se puede hacer extensivo a los varones y las mujeres, dice: "*...los cónyuges saben que son cooperadores del amor creador de Dios y como sus intérpretes. Por eso con responsabilidad humana y cristiana cumplirán su misión...*" (G.S., 50). Ambos asumen en su diferencia una igual responsabilidad de colaboración. Mujeres y varones llegarán a una rica interrelación de corresponsabilidad, fecunda, espiritual y creadora, si aprenden a proyectarse de tal modo que no desemboquen entre ellos ni en una doble soledad, en lugar de una interrelación constante, ni en una doble y pesante carga, en lugar de una gozosa corresponsabilidad en la construcción de todo lo que es humano, sin omitir el juego, la fantasía, el riesgo... Sólo así se puede asegurar un futuro mejor a la sexualidad, en donde uno y otro serán lo que han de ser en una armoniosa y corresponsable alternancia de pensamiento, palabra y acción.

2.4 La convivialidad

La pareja humana está llamada a vivir una exaltante unión amorosa en medio de las tensiones de su convivencia, que va mucho más allá y más adentro que una simple unión genital: El varón vio a la mujer y exclamó: "*Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se llamará varona, porque del varón ha sido tomada. Y por eso dejará el hombre a su padre y a su madre; y se adherirá a su mujer. Y vendrán a ser los dos en una sola carne*" (Gén., 2,23-24). Varón y mujer que crecen y se realizan en Dios, viven como en un delicado y estimulante convite en medio de la armonía, la unidad y la perdurabilidad de una relación que humaniza y "amoriza" los variados proyectos de sus vidas. En el Génesis "*la sexualidad se presenta, no ya como un elemento accidental, sino que toca al ser humano en su más íntima consistencia, quedando refutada toda teoría que viese en ella una realidad originalmente vergonzosa e inconfesable ('estaban los dos desnudos, el hombre y su mujer, y no sentían vergüenza');* allí aparecen hechos el uno para el otro, referidos el uno al otro, ya que el encuentro del hombre con la mujer, tiene lugar en medio del estremecimiento, de

la maravilla, de la inocencia..."⁶. Conviven -de ahí "convivialidad"- en el gozo de trabajar por el amor para llevar a cabo la misión que les confía Dios.

En esta misión de empapar de cordialidad, coraje y ternura amorosa la ardua empresa de los hombres para llevar adelante el plan salvador de Dios, la mujer tiene una misión insustituible, como magistralmente lo ha intuido el Documento de Puebla: "*La responsabilidad insustituible de la mujer, cuya colaboración es indispensable para la humanización de los procesos transformadores, como garantía de que el amor es una dimensión de la vida y el cambio, y porque su perspectiva es insustituible para la representación completa de la necesidades y esperanzas del pueblo*" (Nº 1219). Esta misteriosa unidad en la diferencia permite el mutuo enriquecimiento de ambos sexos. La mujer por su dimensión femenina se orienta hacia la acogida, el cuidado, la protección, la ternura. Ella es el "homo-amorosus" como lo llama Buytendijk⁷. El varón por su dimensión masculina, en cambio, se orienta hacia la iniciativa, la eficacia, la transformación, el dominio. Es el "homo-laboriosus" o "faber" del mismo autor. Un buen diálogo entre ambos mantenido con perseverancia y creatividad en el tiempo despierta y promueve en el varón su componente latente de femineidad y lo mismo pasa en la mujer que experimenta el despertar y crecer de su oculto componente, la masculinidad. En la fidelidad a esa comunión y participación ambos se hacen personalidades equilibradas recibiendo y entregando la riqueza de cada cual y promoviendo al mismo tiempo la diferencia y originalidad de cada uno. Sólo así se logran personalidades masculinas tiernamente creativas y femeninas creativamente tiernas. El desequilibrio en esta relación hace del varón un "macho" opresor y de la mujer una "hembra" revanchista. Allí ya se pierde el humanismo integral que construye una civilización cabalmente humana. Por eso, debido a ese fracaso la civilización actual eficientista, consumista y resentida apenas si merece el nombre de humana.

La civilización sólo se hace plenamente digna del hombre cuando ambos sexos en una actitud de encantador mutuo respeto, rebozante de admiración por la originalidad del otro, aprenden en el amor por la reflexión, el diálogo y la creatividad a dar a luz al hombre nuevo que, con su tierna iniciativa y su fuerte ternura, es el único capaz

⁶ A. VALSECCHI, *Nuevos caminos de la ética sexual*, Sígueme, Salamanca, 1975, pág.44.

⁷ Ver *La mujer: Naturaleza-Apariencia-Existencia*, Revista de Occidente, Madrid, 1970.

de poner los cimientos de una civilización del amor humana, solidaria y fraternal.

Se comprueba así también la gran importancia del sentido trascendente de la paternidad y maternidad como consecuencia de una seria, armónica y responsable vida sexual entre varones y mujeres. Aquí es importante no dejar pasar por alto el rico simbolismo que encierra la maternidad para bien de toda la humanidad. Por eso, se espera que las mujeres lo sepan reconocer en su vida de todos los días. Todas las mujeres no tienen por qué casarse y tener hijos, pero todas tienen que dar testimonio de un espíritu maternal⁸. No hay mujer realizada sin espíritu maternal; y contra eso atenta la sociedad de consumo que por ser despersonalizante y masificante sólo se interesa en aquella imagen habitual de mujer que la presenta como un simple objeto sexual o sentimental que le sirva como reclame para imponer una línea determinada de vestidos, ropa interior, productos para el hogar y los niños, o para drenar las tensiones masculinas. Esta sociedad teme a la mujer verdadera, plenamente realizada por su espíritu maternal, y por eso la sentimentaliza, la rebaja, la ironiza, la desprecia como ya sin cabida en este mundo de la "nueva moral".

Esto trae consigo un inconfesado miedo al aspecto procreador del sexo, que se disimula afirmando que uno se ha liberado de los tabúes sexuales y que tiene derecho a divertirse o a rebelarse "sin causa" mientras se es joven. Es toda la infraestructura de una sociedad del bienestar puramente material y egoísta que está implícitamente interesada en negar que el desarrollo y plenitud de la mujer pasa por su realización maternal, física o puramente espiritual, pero siempre humana. Enfocar primordialmente a la mujer como madre, no de un modo sentimental y romántico, sino serio y humano, sería conferirle demasiado poder, pues como tal ya no puede ser mirada pura y exclusivamente como objeto y sujeto de consumo, sino como elemento y función personal insustituible en la promoción de la humanidad. En efecto, la mujer por su espíritu maternal personifica las emociones poderosas y sabias de protección tierna y de cuidado amoroso sin las cuales la humanidad no podría vivir y crecer de un modo realmente humano.

⁸ "...Concluyendo, espero que las mujeres puedan añadir mucho de lo que es únicamente suyo a nuestra vida pública y emocional. Me uno a Erik Erikson en el deseo de que, cuando las mujeres obtengan plena participación, entonces agregarán *cuidado maternal* a los esfuerzos de gobernar el mundo..." (D. B. LYNN, *Determinants of intellectual growth in women*, School Review: The University of Chicago, v.80, 2 (1972), p.257.

Como hoy no abunda la mujer con espíritu realmente maternal, el varón se resiente en lo más secreto de su masculinidad, porque no llega sin esta mujer al verdadero concepto y valor del espíritu de maternidad. Y aparecen los varones que tienen miedo de engendrar en una relación de profundo compromiso con la mujer que quieren o que dicen querer. Padres físicos que se sienten molestos con sus hijos, que les son secretamente hostiles, que se desentienden de su educación o que se libran de ellos dándoles la pseudo-libertad de la inmadurez. Este tipo de varón padre no es en el fondo más que un hombre semidesarrollado y que será también probablemente un amante tenso y poco tierno, porque nunca tuvo a su lado una mujer verdaderamente maternal. El varón, se case o se mantenga célibe, sólo llega a tener el espíritu de paternidad, con su fuerza sugerente de creatividad humana generadora de nuevas realidades de valor, si ha podido dialogar en su vida con el espíritu maternal de mujeres realmente logradas en su ser personal sexuado.

El joven y la joven de hoy afrontan el riesgo de "despaternalizarse" y "desmaternalizarse" por vivir en una ciudad que llena los escaparates de sus negocios, librerías y quioscos y las carteleras de sus cines y teatros con lo que podríamos llamar *anticonceptivos emocionales*: impedirle al hombre saborear la profunda emoción y gozo de sentirse padre y madre, no necesariamente físicos, de una humanidad que crece realmente en la historia como una sociedad solidaria.

La solución no está en añorar "los tiempos de antes", tampoco en propiciar una educación "más femenina", menos aún en predicar un resurgimiento religioso que opere como un analgésico para calmar un molesto dolor de cabeza, o complacerse en la desesperación suicidándose civil o físicamente para evadirse de las responsabilidades de la vida. Hay que aceptar el problema en toda su complejidad e iniciar por la reflexión crítica y el diálogo un verdadero proceso educativo de la mujer y el varón como madres y padres de la historia profana y cristiana.

2.5 Historia de la sexualidad en la Biblia⁹

El proyecto inicial de esta maravillosa y compleja relación sexual que llevaría al hombre, varón y mujer, a la plenitud de ser imagen de Dios, fue deshecho por el espantoso misterio del pecado. El hombre rompe conscientemente su relación con Dios y entra así en un

⁹ Ver F. PASTOR RAMOS, *La familia en la Biblia*, ed. Verbo Divino, Estela (España), 1994, pg.145-174.

proceso de lucha y desunión en el interior de la pareja, que empapa progresivamente toda la historia de la humanidad, como lo describe en páginas dramáticas el Antiguo Testamento, comenzando por el tercer capítulo del Génesis. No se trata ahora de entrar en los pormenores de esta triste historia. Solo es bueno recordar que en la Biblia siempre aparecen destellos que recuerdan, en historias santas y en dichos profundos, la grandiosidad de ese plan divino inicial¹⁰.

Al llegar la plenitud de los tiempos, en que el Verbo de Dios se hace hombre, El rescata con su Palabra de Hombre-Dios el sentido divino del sexo, lo re-crea de nuevo y lo pone en marcha, en medio del claroscuro y tensión de la fe, hacia una plenificación final, a pesar de todas las falencias, dificultades y contradicciones de las convivencias entre varones y mujeres (ver: I Cor., 7,7-40; Hebr., 13,4-6; I Pedro, 3,1-9). Todo el crecimiento del cuerpo del cristiano se va haciendo a la medida del cuerpo resucitado de Cristo, porque en El reside "la plenitud de la divinidad corporalmente" (Colos., 2, 9, [ver todo el contexto de esta carta], Rom., 8, 29). Esto, por lo tanto, también vale de su sexualidad, que tiene una dimensión corporal. En Cristo el hombre llega a la libertad de su sexualidad, porque en El contempla su sexo como "templo de Dios" (I Cor., 6,12-20)¹¹, y en El puede vivir la actuación de su genitalidad como una realidad santa y santificante (I Cor., 7,3-5; Efes., 5,22-33). De este enfoque revelado sobre la sexualidad nacen todas las características del sano y santo comportamiento sexual del cristiano, como bien lo sintetiza el apóstol San Pablo: "...lo que Dios quiere es que vivan consagrados a El, que se aparten del libertinaje, que sepa cada uno controlar su propio cuerpo santa y respetuosamente, sin dejarse arrastrar por la pasión, como los paganos que no conocen a Dios. Y que en este asunto nadie ofenda a su hermano ni abuse de él, porque el Señor hará justicia de todo esto...Dios no nos llamó a la

¹⁰ Para conocer con detalles esta historia es fundamental el libro de P. GRELOT, *La pareja humana en la Sagrada Escritura*, Madrid, 1973. Ver también: M. VIDAL, *Moral del amor y la Sexualidad...*, págs. 35-67; R. de VAUX, *Instituciones del A.T.*, Herder, Barcelona, 1976, págs. 49-101; S. GAROFALO, *Visión cristiana de la sexualidad* (en: *Algunas cuestiones de Ética sexual*, B.A.C., popular, Madrid, 1976, págs. 71-75).

¹¹ Dice el Doc. de Puebla: "Todo lo que atenta contra la dignidad del cuerpo del hombre, llamado a ser templo de Dios, implica profanación y sacrilegio y entristece al Espíritu (Cfr. Ef. 4,30). Esto vale para el homicidio y la tortura, pero también para la prostitución, la pornografía, el adulterio, el aborto y cualquier abuso de la sexualidad." (Nº 252).

inmoralidad, sino a una vida consagrada..." (I Tesal., 4,3-7)¹². El mensaje que deja el Señor es claro y exigente. Sólo en El puede el hombre aprender a superar las deficiencias culpables y tensiones de su sexo, dando sentido a su ambivalencia nativa de juego y conflicto, proyectándola hacia la síntesis trascendente y superior que le ofrece la resurrección. Porque siempre, aún en la más plenificante experiencia sexual entre varón y mujer, habrá un dejo y suave nostalgia, si ambos tienen un rico peso de calidad humana, de Algo y Alguien mayor; pues, como misteriosamente dijo el Señor: "...cuando llegue la resurrección ni los hombres ni las mujeres se casarán, serán como ángeles del cielo..." (Mt., 22,30). El sexo no es el paraíso, pero vivido en Cristo puede ayudar a comprender en algo el misterio de esa última realidad del ser humano sexuado. Es la responsabilidad del cristiano, inspirado y sostenido por la gracia del Señor, hacer participar a su cuerpo y a su sexualidad cada vez más en la edificación del cuerpo de Cristo. Cuerpo misterioso que marcha como comunidad y civilización del amor entre varones y mujeres a la plenitud final en que Dios "lo será para todos" (I Cor., 15,28). De lo cual es un signo significativo, para los que saben leer con los ojos de la fe, la existencia entre los hombres de una sexualidad celibataria. "El estado célibe es una anticipación social del hombre resucitado en Cristo. El matrimonio, aunque no obstaculiza una vida completamente cristiana, induce a aceptar estructuras destinadas a desaparecer en la realidad escatológica" (ver: Mt., 22,30; Mc., 12, 25; 4c., 20, 35-36). "El celibato, por el contrario, favorece la creación de un estilo de relaciones humanas, que es propio de la vida escatológica. Allí cada bienaventurado tendrá la capacidad de encontrar en totalidad y plenitud a todos los demás, más allá de la genitalidad sexual, que actualmente es el signo más profundo y más habitual del encuentro humano. El consagrado, también con su estado de célibe, quiere testimoniar que los lazos interpersonales realizados más allá de la 'carne y de la sangre', son amables: su celibato quiere ser como una

¹² El texto se refiere sin duda al comportamiento sexual. Basta ver la variante aprobada a la expresión: "controlar su propio cuerpo...", que es "buscarse su propia mujer..." Ver para completar este tema, P. DELHAYE, *Valores humanos y cristianos de la sexualidad* (en: *Algunas cuestiones...*, págs. 57-75). Algo semejante se dice implícitamente en otro texto de Pablo: "...sea que ustedes coman, sea que beban, o cualquier otra cosa que hagan háganlo todo para la gloria de Dios" (I Cor., 10,31). En su afirmación "o cualquier otra cosa que hagan" está implícita toda la actuación de la sexualidad humana en su triple nivel: corporal, psíquico, espiritual.

*especie de sacramento del encuentro futuro con Dios y con los hombres de Cristo. El celibato eclesiástico no viene matizado por el deseo de segregación o de soledad, sino que es una anticipación de la relación interpersonal que llega a la perfección de comunidad escatológica*¹³.

Toca ahora hablar, teniendo en cuenta ese fundamento bíblico, sobre el triple significado de la sexualidad. Son como las tres dimensiones de la misma que han de ser cultivadas y armonizadas entre sí para que pueda ser vivida dentro de un proyecto estable y permanente de un compromiso matrimonial cristiano que quiere ser una comunidad de vida y de amor. Son estas dimensiones: la personalizante, la socializante y la trascendente.

2.5.1 Dimensión personalizante

La dinámica profunda de la sexualidad va llevando, de por sí, a cada persona humana al descubrimiento del otro como persona. Descubrimiento progresivo que puede ser detenido, bloqueado o desviado por una mala o deficiente formación sexual, venga del hogar, de la escuela, de ambientes diversos o de los medios masivos de comunicación social. Eso no quita que el mismo hombre por debilidad o malicia pueda desvirtuar esta dinámica.

La sexualidad así encarada permite una visión amplia y serena de la realidad e inclinaciones del propio sexo, hace manifiesta su relación vivencial con el amor como don de lo mejor de sí mismo al bien verdadero del otro en cuanto persona y produce en esa entrega actual o futura el fruto de una rica plenificación de la propia personalidad. Este impulso, cuando es bien orientado y alimentado, se va convirtiendo cada vez más en un instrumento orgánico de comunicación con el otro, no para poseerlo y así "cosificarlo", sino para valorarlo cada vez más por sí mismo, sin querer ver en él una satisfacción a una propia necesidad. Como lo describe A. Valsecchi: "...el destino al que tiende la sexualidad, por su propio dinamismo, y al que tiene que someterla progresivamente el sujeto, si no quiere bloquear su evolución y traicionar su significado, es la capacidad de una relación oblativa, una

¹³ T. GOFFI, *Ética sexual cristiana*, Sígueme, Salamanca, 1974, pág. 117. Sobre cómo vivir la realidad del sexo humano integrándola en el plan de Dios sin bloquear su dinámica de deseo, placer y gozo, sino canalizarla mediante la virtud de la castidad: E. FABBRI, *Alegría y trabajo de hacerse hombre*, ed. Guadalupe, Bs. As., págs. 73-87.

*relación de amor auténtico: y éste es el vértice de la maduración de la personalidad*¹⁴.

Desde este punto de vista, cuando una pareja resuelve consciente y definitivamente, por medio del matrimonio, vivir su relación sexual, ya suficientemente madura, a nivel del ejercicio de su genitalidad mediante la entrega mutua de sus cuerpos, no niega la dimensión procreativa de la misma, pero la integra e interpreta dentro de ese marco amplio de una sexualidad personalizada. La fecundidad posible no es así un acto resultante de un primitivismo inmaduro, de las normas sociales, del egoísmo, el orgullo o la casualidad, sino de un acto consciente y libre, propio de dos personas que se aman. "Así la procreación -como dice el mismo Valsecchi- se presenta a la conciencia de los cónyuges como signo, prueba, extensión de su amor, cima a la que llegan gracias a su compromiso común de desposesión de sí mismos y de creatividad espiritual"¹⁵.

2.5.2 Dimensión socializante

Para que la pareja humana no caiga en un cómodo y estéril egoísmo-a-dos, es necesario abrirse a las verdaderas exigencias del bien común, sembrando activamente en las estructuras públicas las simientes vitales de la civilización del amor. Es responsabilidad de varones y mujeres trabajar en forma acordada para promover todo lo que contribuya a la verdadera calidad de la vida humana. Y como esto se logra mediante una estimulante y creadora convivencia entre varones y mujeres, que es una relación sexual, llamamos a este aspecto de la sexualidad su dimensión socializante. Cuando a la dimensión personalizante le falta esta segunda dimensión, hay una caída en un estéril intimismo sexual y se detiene así la dinámica de una sexualidad plenamente humana. Se descubre en el mismo fondo de la dinámica sexual un elemento propulsor de un diálogo social más amplio y abierto, que trasciende los muros hogareños y proyecta a la pareja y a sus hijos, si están casados, hacia el servicio promocional del bien público común, civil y eclesial. Por esta razón, tanto Pablo VI¹⁶ como Juan Pablo II¹⁷

¹⁴ *Nuevos caminos de la ética sexual...*, pág. 38.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 42.

¹⁶ *Audiencia del 21 de Enero de 1976, Revista CIAS*, N° 264 (Julio, 1977), pág. 55.

¹⁷ *Redemptor Hominis*, N° 15 y 17; ed. Paulinas, Buenos Aires, 1979, págs. 46, 48 y 50. El tema lo trata continuamente en todas sus declaraciones.

hablan de *amor social*, que podemos considerar como el colorido sexual de delicadeza y ternura espiritual que ha de empapar toda obra de justicia en el trabajo por la construcción de una sociedad solidaria. La seria reflexión sin lugar a dudas demuestra que una sexualidad bien formada se presenta como un factor, estimulador y complejo, de socialización entre las personas¹⁸.

De todo lo dicho se sigue que una intimidad a dos deforma a la pareja en la medida que su sexualidad se manifiesta como un fenómeno de aislamiento social. Solo es valedera, si se la sabe vivir como un factor de interacción social y como un estímulo puesto al servicio del orden social y político que se pretende alcanzar. Pero para que esta dinámica de socialización de la intimidad sexual sea realmente personalizante se requiere que el orden socio-político buscado sirva al bien común integral.

Esta dimensión enriquece muchísimo la concepción de la sexualidad, porque subraya su capacidad de expansión y de adaptación y demuestra la ligereza y pobreza de investigación de aquellos que pretenden reducirla esquemáticamente al ejercicio de los órganos genitales. Por eso es acertada la reflexión de Valsecchi: "...la energía más poderosa de que dispone el hombre, la sexualidad, puede y debe resultar benéfica para todo el campo de la actividad humana, si se libera del estorbo de una genitalización hipertrófica que cede luego en desventaja de otros contenidos. Paradójicamente, el catolicismo ha intuido quizás esta perspectiva, cuando ha propuesto como ideal auténtico la virginidad, sin pensar por ello que el que la abrazaba fuera menos hombre o menos mujer"¹⁹. La existencia de este estado de vida celibatario en la Iglesia muestra la gama inmensa de fecundidades sociales que tiene la sexualidad, sin necesidad de una actuación de la

¹⁸ Como bien dice un autor moderno: "La sexualidad ha sido siempre una llamada hacia fuera, un impulso hacia la socialización. El amor del hombre y de la mujer encerrado en el hijo es un primer signo de esta apertura. Pero esta primera comunidad no está destinada tampoco a permanecer estéril, sino que necesita una multiplicación de lazos, que la vinculen con los otros miembros de la sociedad con la que debe sentirse comprometida... Vivir la sexualidad como un estímulo para la formación exclusiva del hogar, aún en la hipótesis que así pudiera darse una comunidad auténtica de amor, sería no tener en cuenta su dimensión social, la necesidad de una apertura mayor inserta en su misma naturaleza". E. LOPEZ AZPITARTE, *Sexualidad y...*, pág. 59.

¹⁹ *Nuevos caminos de ética sexual...*, pág. 59.

genitalidad -a lo cual se ha querido voluntariamente renunciar-. Y es esta nueva y renovadora fecundidad, nacida de una comunidad tiernamente afectiva, la que la Iglesia propone a los cónyuges cristianos: "He aquí algunas clases de apostolado familiar: adoptar a los niños abandonados, recibir con bondad a los forasteros, ayudar al gobierno de las escuelas, aconsejar y sostener a los adolescentes, procurar que los prometidos se preparen lo mejor posible para el matrimonio, ofrecer su trabajo para el catecismo, sostener a los esposos y familias con problemas materiales o morales, atender a las necesidades de los ancianos y buscarles medios acomodados de progreso económico"²⁰.

2.5.3 Dimensión trascendente

Hay en la sexualidad, en su fondo más oculto, el brote de una intuición, oscura y apenas perceptible de una tendencia hacia lo absoluto. Es esta proyección hacia algo más allá de sí misma, lo que permite al hombre, si quiere, liberar al sexo de la posibilidad de narcisismo que estructuralmente lleva dentro de sí. Es algo común que la experiencia de la sexualidad se muestre, por lo general, en los anales de la cultura, en las historias clínicas de los consultorios y en las propias vivencias personales, rebosante de posibilidades, de anhelos, de nostalgias por una posesión total y totalmente gratificante, que parece siempre escurrirse de las manos. Todos sus dinamismos, profundos y manifiestos, y sus placeres, cuando se producen, dejan la sensación de apuntar hacia un gozo que nunca se logra. Esto vislumbra sin duda su referencia a lo absoluto y el despertar en el hombre de una invitación a una trascendencia, que al mismo tiempo estremece y fascina -"tremens atque fascinans"-: resonancia indecible en la interioridad del hombre -en lo más íntimo de su intimidad, al decir de San Agustín-, del Dios desconocido en quien todo lo creado es y subsiste y hacia quien todo avanza. Bien lo describe el mismo A. Valsecchi: Por la sexualidad el hombre "se ve envuelto en un éxtasis que lo arranca, al menos por unos instantes, de su pobreza y dispersión y lo levanta a una existencia ampliada y potenciada que parece alcanzar la esfera de lo divino. Esto no basta para transformarlo en Dios, pero hace posible y sienta las bases para una transposición inmediata del sexo al plano de las realidades trascendentes o afines a la trascendencia"²¹.

²⁰ Concilio Vaticano II, *Decreto sobre el Apostolado de los seglares*, N°11.

²¹ *Nuevos caminos de ética sexual...*, pág.63.

Y esta dimensión de trascendencia hace del sexo una realidad ambivalente y compleja, al mismo tiempo trabajada por la tensión de la conflictividad y la emoción del juego.

Nadie niega, para eso basta reflexionar un momento, que la actividad sexual se presenta bajo la forma de una experiencia conflictiva. La comprobación de sus limitaciones es motivo generador de tensión. Es imposible vivir en los encuentros sexuales la plena serenidad de un gozo inagotable. Por algo se habla de la *lucha amorosa*, inherente a la sexualidad: "*cuanto más codiciada es la expansión personal y comunitaria que puede actuar la sexualidad, tanto más intenso es el sentimiento de soledad, de extrañeza a veces, que puede derivarse de ella; cuanto más amplia es la exigencia de sentirse uno presente entre los hombres y en el mundo, de una forma tan robusta y profunda como es la sexual, tanto más dolorosa resulta la percepción, continuamente palpitante, de que la muerte puede en cualquier momento señalar su fin. ¿No se abre, precisamente, en esta situación conflictiva del vivir sexual, un resquicio por donde asomarse esa indecible necesidad de trascendencia? Si la sexualidad es, tal como se nos presenta, una realidad tan paradójica y tan enigmática, ¿no esconderá también en sí misma el valor de una referencia vital a una comunión finalmente resolutive y beatificante, la comunión con Dios?*"²². Por algo se comprueba en ella un anhelo de vida que nunca se plenifica totalmente, porque en su mismo empuje lleva un principio de muerte: la antigua y continua lucha entre Eros y Zánatos tan magistralmente descrita por S. Freud. El sexo promete lo que no puede dar, pero abre la puerta hacia una realidad misteriosa, más allá de él mismo, que sí puede ofrecer el pleno y total goce al corazón hambriento. Es el resquicio por donde se asoma la inquietante necesidad de amor trascendente y plenificante, que ocultamente trabaja el corazón de todo hombre: "*...nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti*"²³. En otras palabras, el sexo es una fuente de conflictos para el hombre, porque así se despierta en su interioridad el anhelo de una comunión vital con un ser superior, pleno y plenificante, en quien puede reposar para siempre en el gozo activo y la paz.

Pero el sexo no se agota en su conflictividad. Su impulso tiene también mucho de encanto, belleza y poesía, que le permite vivir su comunicación al otro y con él en el colorido de un sabroso juego: "*El momento sexual puede entonces revelarse como aquel en el que el*

²² A. VALSECCHI, *Nuevos caminos de...*, pág. 67.

²³ S. AGUSTIN, *Confesiones*, 1. I, cl^o, n^o1; B.A.C., Madrid, 1974, II, pág.73.

hombre descubre que su cuerpo, y por tanto su existencia terrena, no está cerrado en la dura empresa cotidiana de transformar al mundo, sino que, precisamente como juego, se abre a una presencia de los demás y a las cosas, que no tiene otra razón de ser más que esa misma presencia. Y también como el momento en que se capta la belleza encantadora del 'otium' contemplativo, en cuyo goce se deja completamente sumergir, cuerpo, sensibilidad y espíritu. Pero ¿no es ésta una pregustación de la última alegría y de la comunión armoniosa y gratuita a la que está llamado el hombre?..."²⁴. El que aprende a dar a su gesto sexual esa transformación cualitativa, por una superación progresiva de su egoísmo y no reduciéndolo a sus mecanismos genitales, que se manifiesta en la entrega al bien verdadero del otro, experimenta un goce que empapa de entusiasmo a toda su estructura corpóreo-espiritual. Y este juego del encuentro sexual en que uno queda como extasiado, aunque sea por breves momentos, es también un signo de trascendencia, pues puede ser considerado como un pregusto de la alegría final y de la comunión armoniosa y gratuita a la que está invitado todo hombre, más allá de su muerte.

Y así concluye magistralmente A. Valsecchi: "*Quizás no haya nadie que pueda comprender mejor que un cristiano la gravedad de los conflictos que hoy más que nunca amenazan a la sexualidad; en efecto, el cristiano conoce su razón más profunda, o sea, que la sexualidad, querida por Dios, es una realidad positiva, pero herida por el pecado y que reclama con urgencia una salvación trascendente. Pero ninguno mejor que él puede apreciar el significado 'utópico' que puede asumir la sexualidad; su fe le ha enseñado desde siempre que en la existencia sexual está reflejada la imagen de Dios (Gén., 1,27) y que por eso se despliega en ella la alegría, la gratitud, la plenitud de su amor, y que la 'existencia en el cuerpo', tan profundamente modelada y sellada por la dimensión sexual, está llamada a expansionarse, en la resurrección, en una vida eterna de gozo y de comunión, de la que la Biblia no ha encontrado ningún símbolo más evocador que el del amor humano y sus alegrías*"²⁵. No se trata de "inocentizar" la sexualidad, que es una realidad seria y complicada, en que se combina lo maravilloso, lo enigmático y lo errático,²⁶ y que por eso puede dejarse empobrecer por el egoísmo y caer bajo el dominio del pecado. Pero hay que afirmar

²⁴ A. VALSECCHI, *Nuevos caminos de...*, pág.69.

²⁵ Ibidem, pág. 69.

²⁶ Cfr. P. RICOEUR, *La maravilla, lo errático, el enigma*, en *La sexualidad*, Fontanella, Barcelona, 1965, págs. 9-21.

claramente que la gracia de Cristo también libera al cuerpo y al sexo de sus lastres y tinieblas y los valora en una dimensión trascendental haciéndolos caminar con suavidad y disciplina hacia el misterio de la resurrección.

Este nuevo enfoque de la antropología filosófica sobre el sexo no puede ser ignorado, cuando se proyecta sobre la realidad de la sexualidad la luz de la fe. Esto lo reconoce la Iglesia: *"Esta doctrina tradicional debe ser profundizada, expresada de manera apta para esclarecer las conciencias de cara a las nuevas situaciones creadas, enriquecida con el discernimiento de lo que de verdadero y útil se puede decir sobre el sentido y el valor de la sexualidad humana"*²⁷. El cristiano sabe bien las grandezas y debilidades del sexo. Dios quiso a la sexualidad como una realidad positiva, pero el hombre la hirió con su pecado, y Cristo la redimió en su obra salvadora. Conviene, por lo tanto, considerarla a la luz de esa Palabra, para verla apareciendo en la creación como reflejando la imagen de Dios, desdibujada por el pecado, pero marchando hacia la resurrección gracias a la obra liberadora del Señor.

2.6 Amor²⁸

Es la dimensión espiritual del ser humano que hace del sexo un lenguaje. Le da un sentido de prospectiva (perdurabilidad promocional en el tiempo humano), y un sentido de sociabilidad (estabilidad creadora en el espacio humano). El amor se manifiesta operativo mediante una triple actividad existencial:

- Voluntad de afirmación propia (quiero ser plenamente persona para entregarme como tal al otro);
- Voluntad de entrega al otro (quiero que el otro crezca enteramente como persona en su entrega a mí);
- Voluntad de promoción mutua (queremos promover mutuamente la realidad de lo humano y cristiano en forma integral).

²⁷ *Persona humana...*, N° 13, pág. 22.

²⁸ Desarrollo extensamente este tema y el siguiente, la historia, en mis libros *Génesis y Plenitud del amor conyugal*, ed. Paulinas, Bs. As., 1994, y *El matrimonio entre la promesa y la fragilidad*, ed. Paulinas, Bs. As., 1995. Por eso aquí me limito a una sucinta visión panorámica.

Todo esto expresado mediante la ternura que es la delicadeza del corazón -como símbolo de la espiritual interioridad humana- manifestada por la palabra y el gesto corporal.

2.7 Historia

Con este rubro entra la manera correcta con que el matrimonio va viviendo su encuentro de amor en el correr del tiempo. Incluye:

- una convivencia promocional: solución progresiva e integral de la crisis de identidad ("la auto-estima").
- una "armonización" personalizante: solución progresiva e integral de la crisis de intimidad (la ternura).
- una paternidad responsable: solución progresiva e integral de la crisis de participación (la solidaridad).

2.8 Sacramento

Es la presencia de Cristo en el seno del amor conyugal hecho signo eficaz de su obra como unificador, fecundador, reconciliador y transformador de corazones (L.G. 11)²⁹. La Iglesia afirma con plena claridad que los esposos *"en virtud del sacramento del matrimonio, significan y participan el misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y la Iglesia"* (L.G. 11). Y frente a sus hijos *"se constituyen en testigos y colaboradores de la fecundidad de la madre Iglesia, como símbolo y participación de aquel amor con que Cristo amó a su esposa y se entregó a sí mismo por ella"* (L.G. 41). Por eso *"...la familia cristiana, cuyo origen está en el matrimonio, que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia, manifestará a todos la presencia viva, del salvador en el mundo y la auténtica naturaleza de la Iglesia"* (G.S. 48; F.C. 49-50). Todas estas afirmaciones tan sucintas, profundas y precisas llevan a la conclusión que el matrimonio cristiano produce en la familia un efecto sacramental que empapa todos los aspectos de su vida diaria. Para que el matrimonio sea plenamente sacramento ("Sacramentum Novae Legis") se requiere como "quasi-materia": 1) el consentimiento mutuo, que tiene una densidad ontológica peculiar; 2) la realización del acto sexual (cópula humana de por sí apta a la procreación), de una densidad existencial singular: armonizar la tensionalidad y complementariedad de los dos sexos y mostrar sus frutos en el amor.

²⁹ Ver D. BOROBIO, *Sacramentos y Familia*, ed. Paulinas, Madrid, 1993, págs. 184-199.

El amor matrimonial por la gracia específica del sacramento se convierte en el reflejo humano del amor que el Padre en Cristo y por su Iglesia ofrece a los hombres. Y así como el amor de Dios es espontáneo, gratuito y fiel, ambos han de amarse

- con espontaneidad: atracción física y erótica;
- con gratuidad generosa: hacer fructífera en forma integral la intimidad y convivencia de su amor;
- con fidelidad: vivir de acuerdo a un proyecto de vida y de amor continua y libremente elaborado y asumido por los dos.

En síntesis, el matrimonio sacramental es el símbolo eficaz de una presencia (invisible) de Cristo en el mundo de los hombres como unificador, fecundador, reconciliador y transformador de corazones, representado y hecho presente por los cónyuges que, robustecidos y elevados por la gracia sacramental, se mantienen en un proceso de amor conyugal unificador, reconciliador y fecundo. Y esta relación es el anticipo de las bodas eternas de toda la humanidad redimida con el Cordero pascual en la presencia amorosa del Padre y la unificación plena y vivificante del Espíritu. Y por ser así encierra una cuádruple significación:

* *Memorativa*: recuerda la muerte y resurrección del Señor en cuanto la muestra más grande del amor de Dios a los hombres.

* *Simbólica*: mediante el consentimiento y su ratificación por la entrega de sus cuerpos se hace presente el Señor aceptando esa unión como signo eficaz de su unión con la Iglesia y mostrándose dentro del matrimonio a los ojos de la fe como unificador, purificador y transformador de los corazones en el amor.

* *Escatológica*: Preanuncia y hace presente en la tensión de la fe las bodas finales del Esposo Jesús con su Esposa la Iglesia (Apoc. 19,7-9; 21,1-4).

* *Evangelizadora*: Anuncia a todos por su comportamiento y su palabra la "buena nueva" sobre el sexo, el amor, la paternidad, tomando estos términos en todos los alcances que encierran sus significados³⁰.

³⁰ Santo Tomás hace resaltar el rico contenido simbólico del matrimonio cristiano: "Y porque los sacramentos obran lo que figuran, ha de creerse que a los que se casan se les confiere gracia por este sacramento, por la cual pertenezcan a la unión de Cristo y la Iglesia; lo cual lex es sobremanera necesario, para que traten las cosas naturales y terrenas de manera tal que no se desunen de Cristo y la Iglesia... Así, pues, tres son los bienes del matrimonio, según que es sacramento de la Iglesia, a saber: la prole que ha de ser

Cuanto más rica sea la síntesis vital entre el sexo y el amor a medida que los años corren, más ricos serán los frutos del sacramento en el corazón de la pareja conyugal, unida en el Señor. A ambos toca alimentar la atracción, emoción y encanto de su sexualidad como lenguaje de un amor que convive en el mutuo respeto, admiración y promoción. A ellos también corresponde la alegre y esforzada tarea de sostenerse en todo, sanarse cuando aparece alguna debilidad y estimularse a crecer en su dignidad de varón y mujer y en su vocación de cristianos. Entonces, el Señor Jesús en el corazón de su vínculo y alianza de amor irá continuamente construyendo el símbolo eficaz de sus bodas con la Iglesia, unificándolos, reconciliándolos y transformándolos en invitados a su boda con la fuerza de su amor.

El matrimonio cristiano se manifiesta así como una armónica, estable, íntima, pública y fiel comunión de vida y amor fecundos entre un varón y una mujer bautizados, actualizada y simbolizada por la comunicación y unión genital de sus cuerpos vivientes. Tal unión por una peculiar auto-entrega de Dios en Cristo-Iglesia (gracia sacramental) se hace símbolo eficaz de la interpersonalidad (inter-subjetividad) dialogal que el Dios viviente busca en su convivencia con los hombres mediante el misterio del Cristo esponsal y su esposa, la Iglesia, para que la familia sea imagen del misterio de vida y amor del mismo Dios, único en tres Personas distintas.

Se explica ahora, al ver la complejidad de este sacramento que la Iglesia se haya tomado tanto tiempo en tomar plena conciencia de que el matrimonio fuese uno de los sacramentos de la Nueva Ley. Solamente en el siglo XV en el Concilio de Florencia (1439-1445) se habla del matrimonio como un sacramento. Y un siglo más tarde, en 1547, el Concilio de Trento define que hay solamente 7 sacramentos y que el último es el del matrimonio³¹. La doctrina católica quedó plenamente

recibida y educada para el culto de Dios; -la fe, según que un solo marido se obliga a una sola mujer, y viceversa; y -el sacramento, según el cual la unión matrimonial tiene indivisibilidad, en cuanto es sacramento de la unión de Cristo y la Iglesia." Summa contra gentiles, 1.IV, c.78.

³¹ "Durante mucho tiempo" -escribe un especialista- "el padre de familia presidía las plegarias y bendiciones nupciales, lo que en modo alguno era incompatible con la presencia de ministros de la Iglesia que podían encontrarse naturalmente entre los invitados. A partir del siglo IV, la presencia del ministro se hace habitual. En el siglo siguiente, la celebración deja en parte el ambiente familiar para desarrollarse en la Iglesia. Se acostumbra también agregar la misa y la comunión de los esposos, a los ritos nupciales. En el siglo

elaborada hoy en día al establecer que no puede existir verdadero matrimonio entre dos bautizados sin que sea *sacramental*. El actual Código de Derecho Canónico retoma en términos idénticos esta doctrina (c.1055). En este planteo, que puede llamarse clásico, brota una pregunta que no es nada fácil contestar: ¿Por qué negarse a admitir la *legitimidad* del matrimonio que dos católicos quieren constituir socialmente, fuera de las perspectivas y exigencias de la Iglesia que los bautizó, pero frente a la cual en su situación actual de no creyentes o mal creyentes no quieren admitir esa exigencia? ¿No sería una muestra de la economía de la misericordia reconocer esos matrimonios como "naturales" y "legítimos", aunque la Iglesia ya no les confiase el ministerio del sacramento del matrimonio, según la lógica de su definición del matrimonio sacramental? Al tomar este planteo, ¿no quedan esas segundas nupcias mucho más abiertas a los fermentos evangélicos que el ser consideradas como uniones concubinarias o adulterinas? No necesariamente todo signo sagrado y santo depende del registro jurídico-sacramental. Hay mucho todavía que recorrer en este camino³².

X, en Oriente, bajo el emperador bizantino León VI, por primera vez se hace obligatorio el matrimonio en la Iglesia. En Occidente, hay que esperar a 1560 para que los cristianos se vean obligados a presentarse ante el sacerdote con dos o tres testigos para intercambiar el consentimiento matrimonial. Durante más de diez siglos, los cristianos se esforzaron por vivir lo mejor posible las dimensiones humanas y espirituales de su pareja y de su familia, sin que los teólogos aplicaran al matrimonio la noción técnica de 'sacramento'. Hasta el siglo XII las listas, el número, el contenido, así como la eficacia de los sacramentos variaban apreciablemente. Entre ellos figuraban a veces la unción de los reyes, la investidura de los canónigos, la dedicación de iglesias, la recepción del hábito monástico, el lavado de pies, la imposición de las cenizas, y, con menor frecuencia, el matrimonio. A partir del siglo XII circulan las primeras listas que fijan en siete el número de sacramentos. El matrimonio figura en último lugar, lo que parece lógico a Santo Tomás de Aquino, que lo considera 'el menos espiritual de los sacramentos'". LEGRAIN M., *Matrimonio y Sacramento, distinciones necesarias*, Choisir, octubre 1994, pgs. 27-28.

³² Así concluye el autor citado: "La lógica del todo o nada tiene sus ventajas: a su favor la nitidez de las estrictas disposiciones y de las situaciones claras. Pero ese ritmo binario se acompaña de no pocas rigideces que no concuerdan con sociedades donde la diversidad se percibe como un valor. ¿Como puede la Iglesia, en medio de culturas donde las situaciones de las personas son tan diferentes, tomar en serio todos los matices de la fe o de la no-fe, respetando la justicia y mostrando su misericordia? ¿Debe el hombre

Lo planteado hasta aquí es una seria advertencia para intensificar la preparación al matrimonio. El matrimonio para los cristianos es un *sacramento de la fe* que, por su mismo espesor humano exige una fe suficientemente madura. Por eso hay que lograr en lo posible que los novios comprendan la peculiaridad del matrimonio en Cristo como una alianza indefectible con El, lo cual encierra un significado mucho más profundo y misterioso que un contrato exclusivamente jurídico³³. Y por esta ruta discurre esta exposición.

Esta definición se inspira en el Concilio Vaticano II en la *Gaudium et Spes* donde se dice que el matrimonio es "una íntima comunidad conyugal de vida y amor..."(n. 48). Y uno queda con una acuciante inquietud ¿por qué en este canon se quitó el término "amor"? ¿Es que a nivel jurídico nada se puede decir sobre la naturaleza del amor del cónyuge al otro y de ambos a Cristo para que su contrato sea, más allá de él mismo, una alianza imperecedera de vida y de amor con el Señor de la fe?

Se puede decir concluyendo que madurar sacramentalmente en el amor es amar en el cónyuge por Cristo, con Cristo, y en Cristo lo que es hoy, mañana y siempre. Gracias:

- a mi sinceridad, confiada;
- mi generosidad, creativa;
- mi estímulo, sugerente;
- y mi paciencia compasiva.

borrarse ante la ley tal cual es, o corresponde a la ley en el ejercicio de la epiqueya ponerse al servicio del hombre y de la mujer concretos, para ayudarlos a descubrir mejor al Señor? En un entorno donde las personas mal ubicadas sobreabundan, ¿porqué no ofrecerles otros medios y caminos de evangelización? Entre los agentes pastorales, clérigos o laicos, una cosa parece evidente actualmente: no se ve cómo se puede continuar hablando indistintamente de sacramento del matrimonio como obligada continuación de un lejano bautismo, y esto especialmente en el caso doloroso y frecuente de esposos que se declaran extraños o indiferentes a toda vida de Iglesia", ibid, p.30.

³³ En el Código de Derecho Canónico se dice que el matrimonio es una alianza entre varón y mujer "que constituyen entre sí un consorcio de toda la vida..." (C.1055).

El fruto de este sacramento es la familia *recreada* como "pequeña Iglesia doméstica" en todo el espesor de su convivencia e intimidad. Allí todo toma un nuevo sentido como respuesta al Señor: el sexo, el amor, el trabajo, la educación, el juego... Toda la familia se hace un sacramento, si se responde a esa gracia que la transforma en la misma peculiaridad de su vida diaria en un seminario irradiador de la fe, fragua insufladora de esperanza y hogar tierno y cariñoso de la caridad. Es en el plan de Dios la escuela más excelente para el aprendizaje del amor cristiano. En su corazón y vínculo está su gran Esposo, velando por la unión, la reconciliación y la transformación para las bodas finales de todos sus miembros. Y así vivida y contemplada la familia es en lo pequeño una maqueta de la anhelada sociedad solidaria y civilización de la vida y el amor³⁴.

3. Símbolo y eficacia del consentimiento de las bodas

Por la doble entrega visiblemente manifestada que se intercambian como ministros del sacramento del matrimonio, los novios introducen de una manera original y peculiar en el misterio de la salvación -el misterio pascual- su nueva realidad de "dos en una sola carne" o "dos en una sola vida", pues tal es el contenido de la expresión bíblica. Ambos se comprometen delante del Dios salvador y tomando como testigo a la Iglesia jerárquica, a que su unión conyugal sea un dinamismo de amor interpersonalizante y fecundo como signo manifestativo del vínculo unitivo de amor entre el Dios salvador y la humanidad. Misterio que se manifiesta por la encarnación redentora del Hijo de Dios que une a sí por el amor y la gracia un cuerpo de hombres, la Iglesia. Unión gratuita y misteriosa, expresada en el Nuevo Testamento bajo la imagen de Cristo-Esposo y la Iglesia-Esposa. Así, ese marido y esa mujer, desde el momento que pronunciaron su mutuo SI se comprometen a hacer visibles a los ojos de todos las características de esa obra redentora, en cuanto ésta es un misterio de unión plenificante entre Dios y la Humanidad por medio del Verbo encarnado y su cuerpo, la Iglesia. En otros términos, por la gracia propia del sacramento, por esa presencia peculiar de Cristo en el seno de su mutuo SI, ambos son hechos signo eficaz de esa misteriosa realidad. En el momento de casarse, al darse el sacramento, ellos ofrecen a Dios su amor como "casi" materia viviente para que Cristo se haga presente allí con una peculiar presencia de gracia. Ambos novios son así, al mismo tiempo, materia por su amor y

³⁴ Ver D. BOROBIO, *ibid.*..., págs. 157-184.

ministros por su decisión de este sacramento que mutuamente se dan y reciben en la Iglesia. Ellos, por su vida matrimonial y en los gestos propios de esa vida, expresan el modo como Cristo, esposo de la Iglesia, se hace presente en ella para unirla, reconciliarla y transformarla cada vez más en sí por la fuerza de su amor y del amor de la misma Iglesia.

Signo: ambos por su vida matrimonial y en los gestos propios de la misma, por estar empapada del Cristo conyugal, *significan* el modo como Cristo, esposo de la Iglesia, se hace presente en ella para transformarla cada vez más en sí por la fuerza de su amor y del amor de la misma Iglesia. La gracia sacramental del matrimonio cristiano se derrama e infiltra por todas estas realidades transfigurándolas. *"Hablando con propiedad, el varón y la mujer no alcanzan ya la salvación en el matrimonio sino por el matrimonio, a través de la vida inaugurada con el 'sí' junto al altar, a través de este tejido ordinario de alegrías y decepciones, de sufrimientos y caídas, a través de este don de sí, diariamente renovado, con sus alternativas de dejadez y exaltación. Todo esto es lo que queda santificado y es, a la vez, santificante, gracia y fuente de gracia"*³⁵. El amor de Cristo y la Iglesia, significado por el amor del matrimonio, es un amor que unifica y que por unir es fecundo, porque Cristo se unifica por amor a cada fiel y a su Iglesia y todos y cada uno de los fieles nacen y crecen en El para gloria del Padre y salvación de los hombres. No hay mejor signo de esta realidad de fe que el de un matrimonio unido dinámicamente en el amor conyugal y fecundándose en él. No hay, pues, por qué, extrañarse, si Cristo elevó el matrimonio al orden sacramental.

El signo matrimonial del sacramento no es algo exclusivamente puntual, sino una realidad que de por sí perdura y se manifiesta dinámicamente en todos los momentos en que la vida conyugal y familiar se quiere vivir según el espíritu del Señor (ver I Cor. 10,3; Colos. 3,17). Tal signo se muestra también operativo en los momentos en que la familia tropieza y se deja llevar a vivir "según la carne": fragilidades, egoísmos, injusticias, intolerancias, incomunicaciones... En esas situaciones actúa con su espíritu de reconciliación invitando al arrepentimiento, al perdón, o la corrección... Y si esta continua acción del Espíritu es habitualmente aceptada, la convivencia familiar se tonifica y sus miembros trabajan para hacerse más pacientes, tolerantes, acogedores, interesados en promover un clima dentro y fuera del hogar.

³⁵ J.M. TILLARD, *Le mariage est une communion, L'Anneau d'Or*, 120 (1964), p. 397.

Se puede así llamar a la familia cristiana un "sacramento práctico" porque el Cristo conyugal se hace operativo uniendo dos corazones, reconciliando los ánimos y transformando sus miembros en actitudes de amor y compromiso que anticipan las bodas celestiales a las que todos son llamados al final de los tiempos.

Eficaz: los cónyuges cristianos no sólo significan ese misterio del amor divino, sino que lo hacen presente en la tierra de los hombres en la medida que se mantienen fieles a su vocación peculiar. Es misión del matrimonio cristiano efectuar esa presencia activa del Señor, en cuanto presencia personal unificadora de todos los hombres entre sí. Cristo se hace presente como unificador de corazones por la operosidad de los matrimonios que se mantienen fieles al llamado del Señor. Dicho de otro modo, los casados no sólo son ministros, uno del otro, en el momento de conferirse el sacramento. En forma más amplia y genérica lo siguen siendo como pareja conyugal, pues a ellos toca ser *ministros de la presencia* en el seno de la sociedad humana, del Cristo redentor, que por su Pascua unifica, reconcilia y fecunda en el amor los corazones de los hombres y los hace "uno" consigo y con su Padre celestial. Por eso, la Iglesia, ya desde la época patristica, quiso llamar al matrimonio "Iglesia en la carne" o "pequeña Iglesia" o "Iglesia doméstica". Es allí donde comienza a hacerse visible la Iglesia como sacramento de unidad, porque la pareja conyugal es en el plan de Dios el centro primordial generador y alimentador del amor, que hace la unidad. Y los mismos Padres llamaban a la familia "seminario de la ciudad celestial". En efecto, en ella y por ella el niño entraba y era iniciado en el misterio de su pertenencia a la Iglesia. Ella como órgano e instrumento de unificación en el amor de Dios lo iba preparando mediante sus padres a participar plenamente del misterio de la muerte y resurrección del Señor al darle la primera comunión.

El matrimonio sacramental como tal, por ser un estado de vida cristiano, tiene en el plan de salvación esa misión activa y peculiar: hacer presente y visible en la Iglesia a los ojos de la fe el Cristo pascual que unifica por su amor personal y personalizante a todos los hombres con su Padre celestial y entre sí. Esta es la misión fundamental y propia del matrimonio entre bautizados, ser el *signo eficaz* del Cristo pascual como unificador de corazones. De aquí nace la responsabilidad de la pareja cristiana; ha de ser un corazón único en su realidad conyugal y generar un corazón único en su realidad familiar. *"El matrimonio comporta esencialmente un deber de santificación apostólica que los esposos deben cumplir entre sí y con respecto a toda la familia. El matrimonio forma parte del organismo de salvación. Más aún, viene a ser de hecho un instrumento de gracia y ejerce su influencia en la*

*intersubjetividad conyugal*³⁶. Ambos son los ministros de esa realidad que ha de operarse al filo de los días y cuentan para ello con una asistencia peculiar del Señor. Marido y mujer tienen que sentirse libremente llamados a decirse un mutuo SI y mantenerse unidos íntimamente a lo largo de toda una vida "en el Señor", para que a través de sus actitudes cotidianas se manifieste a todos la presencia activa de Cristo como unificador de corazones. El sacramento del matrimonio es así el signo eficaz de la relación interpersonal que unifica a los hombres, que los hace *uno* entre sí y con Cristo y por Cristo con Dios. La relación conyugal al ser asumida por el Señor muerto y resucitado, trasciende las dimensiones puramente humanas de este amor, el más íntimo entre los hombres, al hacerlo signo eficaz de las relaciones intersubjetivas y personalizantes que Dios quiere entablar con toda la humanidad. Por eso es un sacramento peculiar porque requiere para darlo y recibirlo dos personas de distinto sexo; y la presencia de Cristo con su gracia está propiamente en el vínculo que los une, es decir en su relación.

4. Sentido profundo del compromiso conyugal

Casarse por sacramento es *consagrarse* mutuamente en el Señor a un compañero humano que se escoge para toda la vida. Es la *relación interpersonal* de los novios la que *se hace* en sentido estricto sacramento. Esta relación es sintetizada y expresada en el momento de contraer matrimonio por la pronunciación del mutuo SI o palabras equivalentes. Este sí condensa toda su experiencia de novios, tiene que ser garante de que ha existido un vínculo personal y personalizante entre ese varón y esa mujer, que pueda ser asumido por Cristo para que sea la manifestación de su obra redentora como realidad unificadora entre Dios y los hombres. Los que se casan han de comprender que ambos se comprometen, tomando como testigo a la Iglesia oficial, a mantener indefectiblemente su relación de amor para que ella sea símbolo del amor de Dios a los hombres; amor que unifica los corazones por la Pascua del Señor. Todos los valores personalistas que la pareja aporta en el momento del matrimonio y que luego cultiva en las relaciones de la diaria convivencia conyugal, adquieren por el sacramento una nueva dimensión espiritual, al ser todos incorporados dentro del plan de Dios como medios significativos y eficaces de una peculiar presencia de la Pascua del Señor. En efecto, por el matrimonio El se revela como unificador por el amor de una humanidad que ha de ser salvada por la

³⁶ E. SCHILLEBEECKX, *El matrimonio: realidad terrena...*p.165

relación de persona a persona. Son las relaciones interpersonales cuyo centro generador es el amor conyugal las que dan a Cristo la estructura psico-orgánica continuamente renovada para que se mantenga encarnada su acción redentora, como unificadora de los hombres por el diálogo, la obra y el amor.

El sacramento le agrega al matrimonio un elemento nuevo que va más allá de las puras exigencias del contrato natural y jurídico. Este contrato en sí no incluye el compromiso mutuo de reflejar en su amor conyugal el misterio unitivo e interpersonalizante de la unión que el Dios salvador quiere entablar con los hombres por la muerte y resurrección de su Hijo encarnado. En cambio, por el sacramento el marido y la mujer cristianos se comprometen a manifestar en el seno de su amor el misterio de la obra redentora en cuanto unitiva e interpersonalizante; lo cual es ciertamente nuevo. Por eso, el matrimonio como sacramento no puede ser considerado simplemente como contrato, sino como un contrato cuya nueva y principal cláusula la revela el mismo Salvador. Contrato que por esa cláusula se relaciona íntimamente con la historia de la Salvación y cumple en ella una misión propia y esencial: participar, significar y efectuar en el misterio de la Pascua su aspecto unitivo e interpersonal. En la unión conyugal, célula básica de la Iglesia peregrinante, *se manifiesta y se realiza*, -por ser un sacramento-, la vida y el misterio de la unión Cristo-Iglesia, en cuanto esta unión establece una relación real, -que toca las fibras más profundas del ser humano-, íntima y peculiar entre todos los hombres que constituyen ese cuerpo. Por el ejemplo unificante del Cristo-Cabeza todos se unen entre sí y se unen al Padre en una gran experiencia de amor, cuyo generador ejemplar es el amor conyugal sacramental. Santo Tomás entrevió este sentido unitivo del matrimonio sacramental cuando escribió: *"El matrimonio hace que los cónyuges participen de la pasión de Jesús, no en lo que tiene ésta de castigo doloroso (del pecado), sino en lo que supone de amor, de un amor que le hizo sufrir para unirse con la Iglesia, como con su esposa amada..."*³⁷.

Se ha de insistir en la catequesis prematrimonial que los que van a casarse tomen conciencia del gran compromiso que asumen al pedir el sacramento. Y si no están preparados para ello, quizás sería mejor que no se casasen por la Iglesia. Ellos han de ser testigos y protagonistas del misterio de la unión amorizante en Cristo y para ello han de esforzarse por mantener el sacramento como una realidad viva en su propio vínculo conyugal. Toda la realización ulterior al SI pronunciado en el altar ha de

³⁷ *Suma Teológica, Suplemento, 1.42, a.1, ad 3; cf. C.G. IV, 78.*

convertirse en un ejercicio actualizante de esa consagración. Por eso, la virtud característica de la vida íntima de los esposos es la fidelidad a su unión. Es ese vínculo el que está participando activamente en la historia de la salvación. El está mostrando a los hombres de una manera plena que Dios es amor. La indisolubilidad cristiana no nace propiamente de lo que se puede llamar la ley natural, sino del plan salvífico de Dios. Nace del modo como Dios quiere salvar a los hombres: dando y buscando una respuesta de pleno amor y nunca cansándose de mostrarles su amor aunque no siempre halle respuesta. Y los cónyuges cristianos por ese vínculo de unión que nace y se alimenta del amor, participan en esa obra de salvación en una perenne fidelidad del uno al otro, pero más allá de ello, una fidelidad a su vínculo que los compromete para siempre con el Señor. *"Los esposos al aceptar libremente el signo de la gracia de Dios en Cristo demuestran en la Iglesia estar dispuestos a permanecer fieles uno al otro toda la vida, no de una forma cualquiera, sino como Dios es fiel a su pueblo y como Cristo, que jamás se arrepiente del amor que nos ha testimoniado"*³⁸. Y precisa el mismo autor: "El sacramento es siempre la cima de un sendero que de antemano había sido trazado desde lo alto. Pero desde el interior del sacramento y por medio del Dios vivo hará nacer, en el amor recíproco de un joven y de una joven, algo más profundo. Su amor personal, que se dirige a la pareja como tal, se vuelve sensible y visible en el signo sacramental del matrimonio. En el momento del consentimiento, Cristo está presente: El es quien actúa y quien habla a los hombres. Por medio de un signo muy expresivo, hace saber a los cónyuges, dos seres que ya se aman, y a toda la asamblea, que va a dar uno al otro para toda la vida. Entonces Dios suscita en los casados un amor nuevo, de un orden superior, un amor parecido al que El profesa a su pueblo, la Iglesia. Y los casados no tienen otra cosa que hacer sino seguir la iniciativa de Dios. Se limitan a decir: **SI quiero**; quiero dejar al amor de Dios irrumpir en este signo sagrado de nuestro consentimiento mutuo y de nuestra vida conyugal que comienza. De este modo, el consentimiento matrimonial es ante todo un consentimiento a esta santa voluntad de Cristo. Justamente porque Cristo quiere ofrecer a estos casados, uno al otro, para toda la vida, porque trata de levantar su amor por encima de todas las limitaciones terrenas, y hacer de él, en aquello que tiene de más humano, el signo de

³⁸ E. SCHILLEBEECKX, *El matrimonio es un sacramento. Selecciones de Teología*, 13.

un amor más grande y más profundo, los casados se dirán, SI, uno al otro, comprendiendo plenamente su responsabilidad"³⁹.

5. Matrimonio y Eucaristía

El efecto y fruto espiritual de un sacramento está, por lo general, en directa relación con la disposición con que un fiel se acerca a recibirlo; a mejor disposición, mayor inserción del bautizado en el misterio del Cristo salvador. Es un encuentro personal con Cristo que pide una preparación personal. Aquí el sacramento del matrimonio juega una función primordial por la realidad concreta que lo ha constituido en sacramento: el mutuo SI que hace a dos bautizados, marido y mujer *en Cristo*.

En el plan salvador los sacramentos se explican unos a otros; no son independientes entre sí. Todos se orientan hacia la Eucaristía. Esta, a su vez, los unifica y coordina, dándoles una misma dinámica finalizante: descubrir en la fe las diversas características del Cuerpo de Cristo que nace y crece en la historia. En este plan *el matrimonio propone al cristiano el modo como hay que acercarse al Cristo glorioso sacramental*.

El matrimonio es, en efecto, el único sacramento que consagra y hace signo eficaz de la gracia una relación inter-humana, que brota de la dinámica creacional de la relación varón y mujer. Los otros sacramentos no dicen una relación humana entre puros hombres, porque son una unión directa con Cristo a través de un signo apropiado. Relación directa con un Cristo ya glorificado que trasciende, como tal, las estructuras psico-biológicas de las mismas relaciones humanas. En cambio, el sacramento del matrimonio dice una relación humana, la más íntima de todas, que, sintetizada vitalmente en el mutuo SI de la pareja, se ha hecho signo sacramental de una gracia. Quizás por algún tiempo el influjo jansenista y puritano, con su recelo obsesivo frente a la realidad sexual, llevó a la Iglesia a dejar en la sombra este aspecto tan importante del vínculo matrimonial y a atrincherarse en defender meramente la estabilidad jurídica de la institución familiar que brota de ese vínculo. Pero una reflexión sobre la perspectiva del plan salvador muestra que Dios quiere una relación sacramental al modo de las relaciones humanas, relaciones personales que nazcan del corazón y que establezcan una trama de seriedad y profunda intersubjetividad personalizante.

³⁹ E. SCHILLEBEECKX, *El matrimonio: realidad terrena...*p.26

El signo del sacramento del matrimonio no es pura y exclusivamente un SI "cualquiera", porque entonces no tendría razón de ser la exigencia de la Iglesia de pedir una preparación prematrimonial conveniente. Es un doble SI que supone una decisión deliberada de ambos novios, tomada y confiada en el mutuo amor de constituir una comunidad, fecunda y amorosa, de por vida. Por ese mutuo SI ambos se deciden a hacerse "dos en una sola carne"; lo que en su sentido bíblico no dice pura y exclusivamente la unión sexual, sino toda una comunidad de pensamientos, de sentimientos, de gestos y proyectos que entran en comunión y quieren ser convividos "en el Señor". Todo lo cual supone un compromiso asumido por un hombre y una mujer de orientar su vida mirando ambos, uno en el otro, hacia una misma dirección: Cristo, que los acercó y los sostiene en su amor. Ambos, en su vida matrimonial y por ella misma, caminan hacia la realización plena en Cristo, sosteniéndose, entregándose, comprendiéndose, curándose, perdonándose y alentándose mutuamente "en el Señor". Y el mismo Cristo ha hecho de esa relación el signo del modo como hay que acercarse a El en la recepción de los otros sacramentos, y en especial de la Eucaristía.

Por esto, se puede afirmar que *el matrimonio es el sacramento que explicita, por ser la consagración del amor interpersonalizante de una pareja, la actitud personal con que hay que acercarse a recibir el Cristo sacramental*. El Señor quiere que al recibirlo se pronuncie un SI semejante al de un varón y una mujer que verdaderamente se aman "en el Señor". Es la actitud personalizante que exige todo sacramento para poder ser rectamente entendido. En el bautismo de infantes se mantiene este simbolismo que al ser asumido por padres y/o padrinos incluye el compromiso de educar en la fe a los recientemente bautizados. Ahora bien, cuanto más intensamente un sacramento pone en contacto directo con Dios, tanto más preparada, más empeñosa ha de ser la actitud de amor, de disponibilidad, de entrega con que uno se acerca. Este sacramento es la Eucaristía que produce de un modo misterioso la misma presencia corporal de Cristo en la historia de los hombres. Por ella se inserta salvíficamente en esa misma historia, y sin solución de continuidad, su muerte vivificante y la vida nueva que de ella brota y con la misma construye y alimenta su cuerpo en cada uno de los bautizados. Se explica así que la Eucaristía exija una preparación humana mucho más profunda e íntima, porque en ella el hombre se une con el sacrificio pascual, y con el mismo sacerdote y víctima de ese sacrificio, el Señor muerto y resucitado.

El matrimonio cristiano aparece como la principal escuela que prepara para el encuentro personalizante con el Cristo eucarístico. El SI sacramental que ambos se dijeron tiene un alcance insospechado para

ellos. De por sí educa para un encuentro personal con Cristo en la Eucaristía. La reflexión sobre el SI sacramental de la pareja enseña que la Eucaristía es un encuentro con otra persona con la cual uno es invitado a trabar relaciones de profunda, íntima y fiel amistad, cuyo signo y prototipo es el amor de la pareja cristiana. Por esta razón *el matrimonio cristiano es exhortado a tener un corazón eucarístico, a hacer del Cristo eucarístico el centro del amor conyugal y el amor familiar*. Porque si el amor conyugal es el signo de ese encuentro personal y personalizante con el Cristo sacramental y Eucarístico, cuanto más se unan con esa realidad que es el mismo Cristo, tanto más estimulante y más pleno será el ejercicio de amor conyugal entre ambos.

Eucaristía y matrimonio se compenetrán misteriosamente. La Eucaristía hace penetrar más plenamente en el sentido de su matrimonio a los cónyuges cristianos y el matrimonio sacramental, vivido íntimamente por la pareja, lleva a interiorizarse más en el sentido de la unión con Cristo en la Eucaristía a todos los cristianos que se acercan a comulgar.

Por esa misma razón la Eucaristía da un nuevo y más trascendental sentido a la consumación del amor que la pareja matrimonial realiza por la entrega mutua de sus cuerpos, como fruto y coronamiento de su SI sacramental.

6. Seriedad y complejidad del hecho sexual en el matrimonio

Si desde que el Hijo de Dios se encarna en la historia como el Señor Jesús, El "*se ha unido en cierto modo con todo hombre*" (R.H., 8), también está dando un sentido nuevo y trascendente a la sexualidad humana, como parte y función del ser del hombre, mostrando el fundamento último de su dignidad. Por eso, bien se puede aplicar a la sexualidad la siguiente afirmación del *Documento de Puebla*: "*En el misterio de Cristo, Dios baja hasta el abismo del ser humano para restaurar desde dentro su dignidad. La fe en Cristo nos ofrece, así, los criterios fundamentales para obtener una visión integral del hombre que, a su vez, ilumina y completa la imagen concebida por la filosofía y los aportes de las demás ciencias humanas, respecto al ser del hombre y a su realización histórica*" (Nº 305).

Para encarar, por lo tanto, en forma cristiana la sexualidad, no basta la instancia de la observación de los hechos, ni siquiera la científica; se requiere también la antropológico-filosófica y además, sobre todo en cuanto cristianos la reflexión teológica. Y no se puede olvidar que hoy, por regla general, en el diálogo con sociólogos, psicólogos, médicos, biólogos y científicos de otras ramas, la formación

antropológico-filosófica de muchos de ellos es generalmente bastante deficitaria, a pesar de darse grandes y consoladoras excepciones.

La complejidad y fragilidad de este doble tema del amor y la sexualidad exige al tratarlo una actitud de sana cautela. Sería ingenuo ignorar que la experiencia de la sexualidad lleva consigo en el entorno humano riesgos indiscutibles, precisamente por la fuerza de la pulsión instintiva que la acompaña, cuyo control puede evadirse fácilmente de la razón. Esto es seriamente agravado por la ligereza e imprecisión con que se habla sobre el amor en el mundo actual. No se sabe respetar y reflexionar sobre esa intrincada experiencia, rebosante de motivaciones inconscientes, que nada tienen que ver con el amor, pero que engendran un sin fin de conflictos dramáticos, como bien los estudian las psicologías de profundidad. Muchos de los conflictos que dan lugar a un comportamiento sexual inmaduro, deficitario o patológico, en sí no son propiamente sexuales, porque el sexo a nivel genital es la droga más barata, y en cierta manera menos dañina, que compensa y disimula otros problemas que directamente nada tienen que ver con la sexualidad: una mala relación dentro de la familia; una ansia desorbitada de dinero; un deseo enfermizo de figuración; un complejo morboso de resentimiento; etc. Las motivaciones, a nivel consciente o inconsciente, que se descubren detrás de tantos comportamientos sexuales son innumerables, y muchas veces completamente ajenas al campo de la actividad genital.

Por eso, frente al sexo no se puede alimentar un optimismo ingenuo e inofensivo. Hay que afrontar este hecho sin tapujos ni miedos, llevando a plena luz temas que bullen en el inconsciente del hombre y que quizás pocos son los que se atreven a mirarlos cara a cara y bucear en su profundidad. No se puede declarar sin más ni más a la sexualidad una realidad inocente e idílica; tendencia a la que es muy proclive este mundo permisivo. Todo comportamiento sexual se quiere considerar normal y no se quiere admitir como anomalías y deficiencias, -culpables o no culpables a nivel ético, este es otro problema-, las deformaciones que aparecen en su ejercicio. Tomar en serio la vivencia del amor y el ejercicio de la sexualidad, no significa caer en el peligro de reprimirla compulsivamente, lo que con facilidad se hacía antes, pero tampoco dejarla operar a sus anchas, como hoy irreflexivamente se permite, sino darle una forma que contribuya al crecimiento integral de la persona humana. No se puede ser ingenuos en un terreno tan resbaladizo. Es muy importante, por lo tanto, recordar y advertir, a nivel pastoral y catequético, que el sexo es una realidad muy delicada y que, por lo mismo se la ha de tomar muy en serio, sobre todo al afirmar que una real y verdadera vivencia del amor es la que regula y da sentido al ejercicio de la sexualidad. En efecto, para que toda la vida íntima de la

pareja conyugal sea asumida por la gracia sacramental y transformada por ella, se requiere que el aporte humano de ambos cónyuges trabaje seriamente mediante la reflexión, el diálogo, el colorido emocional y el gesto corporal por cultivar toda la dimensión humana de esa realidad compleja susceptible de muchas sorpresas. Hay riqueza humana en la intimidad conyugal y en su momento cumbre, el acto genital, cuando los esposos velan por su calidad y no se desalientan y deprimen por sus limitaciones⁴⁰. Si esto habitualmente se va logrando ambos cónyuges experimentan, como dice J. Dominian⁴¹, cinco grandes bienes:

1) Cada uno se siente más afirmado en su valor de persona por la forma como intercambian su afecto amoroso: se sienten profundamente "*dos personas en una sola historia*" al decirse mutuamente en "*una soledad sonora y una música callada*": *te reconozco, te aprecio, te quiero. Tu eres la persona más importante en mi vida.*

2) Su mismo cuerpo se experimenta empapado de este sentimiento como si vibrase en una resonancia profunda de música de fondo que acompaña el juego erótico y el éxtasis corporal. Se da una plena identidad sexual que les permite saborear la expresión bíblica a fondo "*serán dos en una sola carne...*" (Gen.2,24; Mt.19,5-6; Ef.5,31)⁴².

⁴⁰ Ver E. FABBRI, *Génesis y plenitud del amor conyugal*, ed. Paulinas, Bs.As. 1994, pgs. 57-81.

⁴¹ J. DOMINIAN, *Amor apasionado y compasivo*, ed. Paulinas-Criterio, Bs. As. 1995, págs. 105-118.

⁴² Por eso para Pablo todo juego erótico o unión genital no vivida de acuerdo al plan de Dios es formar un sólo cuerpo con el desamor y el pecado: "*¿No saben acaso que sus cuerpos son miembros de Cristo? ¿Cómo voy a tomar los miembros de Cristo para convertirlos en miembros de prostitución? De ninguna manera ¿No saben que el que se une de una manera prostituida se hace un solo cuerpo en la prostitución? Porque dice la Escritura: Los dos serán una sola carne. En cambio si se unen (en sus cuerpos) en el Señor, se hacen un solo espíritu con El*" (I Cor. 6,15-17). Vivir su sexualidad en el egoísmo es "*pecar contra su propio cuerpo*" porque es negar que sus cuerpos sexuados en todo el ejercicio de su sexualidad genital y erótica, son "*templo del Espíritu Santo que habita en ustedes y que han recibido de Dios*" (ver I Cor. 6,19). Por eso los cristianos al comprobar la calidad y sentido trascendente de su vida sexual son exhortados por el apóstol a glorificar "*a Dios en sus cuerpos*" (ibid. 6,20) porque "*el cuerpo no es para la fornicación sino para el Señor, y el Señor es para el cuerpo*" (I Cor. 6,13). Y así "*sea que ustedes coman, sea que beban, o cualquier cosa que hagan (y aquí entra la actividad*

3) Al vivir su convivencia con todas las variaciones de la imperfección y debilidades humanas, podrán atemperar y sanear esos distanciamientos y desencuentros con intimidades amorosas que los estimulen, al comprobar que a pesar de todo se aman intensamente, a ponerse en una actitud de sanación y reconciliación.

4) Su entrega emocional y corporal es un himno a la vida que se alimenta de la esperanza de que siempre pueden vivir así e imprimir como un germen viviente esta dinámica en el ser humano que se disponen a traer a la vida como exteriorización y fruto de su amor. Es el gozo del significado procreativo de su intimidad que los lleva a jugarse enteramente no sólo para el bien personal de ambos y de sus hijos, sino también de los demás. Es la continuidad de la repetición de esta experiencia erótico-corporal en el seno de un amor dialogal estable y perseverante lo que garantiza una entrega genuina. Donde falta este compromiso frente al futuro de la relación entre ambos toda la intimidad de la pareja pierde su sentido de plenitud⁴³.

5) Por último una intimidad bien vivida en un continuo agradecimiento que ambos se dan y reciben que les permite mantenerse esforzados en cultivar una convivencia conyugal y familiar que garantiza la calidad de su vida de intimidad.

genital y erótica del cuerpo humano), *háganlo todo para la gloria de Dios*" (I Cor.10,31); Ver también Rom.6,12-13.

⁴³ Esto lo insinúa con claridad ROLLO MAY al integrar el encuentro corporal dentro de un proceso continuo de conocimiento y creatividad: "*En la relación sexual dos personas se encuentran; se alejan parcialmente para unirse otra vez, experimentando cada matiz del conocerse y no conocerse a fin de conocerse el uno al otro nuevamente. El hombre se encuentra unido a la mujer y la mujer al hombre, y el alejamiento parcial puede verse como el medio por el cual ambos experimentan el éxtasis de sentirse plenos nuevamente. Cada uno es activo y pasivo a su modo. Es una demostración de que lo que importa es el proceso de conocerse; si el hombre quedara dentro de la mujer, no pasaría nada, excepto prolongar la maravilla de la intimidad. Desde el punto de vista de la creación última, el acontecimiento significativo es la continua experiencia del encuentro y del reencuentro. La relación sexual es la intimidad suprema de dos seres en el encuentro más rico y completo que pueda darse. Es muy significativo que esta experiencia sea la forma más elevada de creatividad en el sentido de que puede producir un nuevo ser. (La valentía de crear, Emecé, Bs.As., 1977, p.127)*

En tal intimidad cada miembro de la pareja conyugal tiende a mostrar al otro por la palabra y el gesto que se interesa profunda y continuamente por el/ella. Cada uno quiere hacer del otro el centro de su solicitud y su cuidado para que así busque mejor el bien del cónyuge y los hijos, y se abra al bien de los demás. Sólo así el acto conyugal es un mutuo agradecimiento del estar uno para el otro y experimentarse ambos juntos buscando el bien de la humanidad.

La sexualidad nunca puede ser a la larga gratificante cuando se pierde el clima que alimenta el amor y se la reduce a la coincidencia o de dos egoísmos, o de un egoísmo enorme y un aguante enfermizo, sin que tenga que ser necesariamente el varón, el del egoísmo, y la mujer, la del aguante. Allí ya no hay sexo maduro, sino sexo sin amor, compensatorio y patológico.

El momento de fiesta de la entrega corporal solo se vive si mantienen viviente su amor que nunca aprisiona el corazón porque es libre. Es una falsa libertad si la ponen en que cada uno puede hacer lo que quiera y le parezca. Entonces sería libertinaje resultante del egoísmo, inmadurez, patología de esa pareja. Por el contrario es una libertad conquistada en el corazón de la pareja al vivir su relación sin miedos, desconfianzas y condicionamientos. Libertad que *consiguen juntos*, hablando mucho, ayudándose siempre, buscando los apoyos que precisen. Tal libertad, aunque no se exprese oralmente en sus momentos de intimidad sexual, se muestra tácitamente operativa por *la calidad de su espontaneidad corporal y lúdica*⁴⁴.

Es este tipo de vida sexual que ambos se han de proponer, cuidar y hasta mimar. Entonces el habitual agrado de ser el uno para el bien del otro y la forma como crecen en su entrega y amor, permitirá a ellos, sus hijos y los demás barruntar y presentir la calidad y ternura del amor de Dios por la humanidad.

Sólo así el acto conyugal del juego erótico y de la unión de los cuerpos es un anticipo en el resplandor tornasolado de la fe del gozo del amor humano resucitado y transfigurado. En tal caso la gracia sacramental de Cristo opera profundamente en el seno de toda su humana intimidad y la trasciende.

⁴⁴ Ver D. VISCOTT, *Te amo, vivamos juntos*, Emecé, Bs.As., 1989, págs 298-301; G. BROWN, *The new celibacy*, Mac-Graw Hill, N.York, 1980, p.110-189.

Toda la intimidad conyugal así vivida puede ser el esbozo del misterio de la misma vida divina en que las tres dimensiones personales de Dios - Padre, Hijo, Espíritu - son una sola realidad substancial⁴⁵.

El acto sexual del matrimonio cristiano, cuando su sentido es bien comprendido y asumido en la vida cotidiana de los cónyuges, es la culminación de su mutua donación personal en Cristo. En esos momentos puntuales se va logrando, en una intimidad donde la palabra es trascendida y donde todo queda impregnado por la ternura del cuerpo y la delicadeza del gesto, la máxima densidad sacramental de su felicidad y gozo matrimonial. Es el acto cumbre del sacramento del matrimonio en el cual los cónyuges significan y actúan la misteriosa y total comunicación de amor espiritual-corporal que Cristo y la Iglesia viven en el corazón de la historia. Esta experiencia trascendente mantiene una relación directa con el ejercicio de la mutua generosidad y la confiada oración de ambos en los pequeños detalles, delicadezas e iniciativas amorosas de la vida diaria.

En síntesis la genitalidad y erotismo conyugal son *humanizados* cuando se hacen signo de un "perdersé" en un don amoroso al otro, para que el otro sea "un más él mismo" en el plan de Dios para bien de la doble comunidad civil y eclesial.

Sólo así el acto conyugal del juego y unión de los cuerpos es un anticipo en el resplandor tornasolado de la fe del gozo del amor humano resucitado y transfigurado⁴⁶.

En esta experiencia se alimenta fundamentalmente toda la fidelidad del matrimonio cristiano. Es lo que la hace crecer continuamente, a partir del esfuerzo diario por "permanecer amando", en todas

⁴⁵ Bien afirma J. DOMINIAN: "*La actuación de la genitalidad implica una de las experiencias de amor más profundas y personales de la vida, y su auténtico significado sólo puede experimentarse dentro del contexto de una relación continua, confiable y predecible que usualmente es el matrimonio*" (*Amor apasionado y compasivo*, p.118). Cuando falla esta plenitud del amor conyugal, esa actuación es siempre manca, defectuosa y de una u otra manera culpable.

⁴⁶ Un desconocido teólogo del medioevo tiene una sugerente reflexión sobre este punto: "*Antes de la unión de los cuerpos (commixtio sexus) el matrimonio representa la unión de Cristo con la Iglesia peregrinante (Ecclesia militans, es decir la de esta tierra), después de la unión de los mismos cuerpos, (el matrimonio representa) la unión de Cristo con la Iglesia celestial (Ecclesia triumphans es decir la Iglesia de los cielos)*". (Citado por E. la BRAS, art. Mariage en D.T.C., e.2200).

las circunstancias, imprevistos y sorpresas de la vida familiar. Así todo el trajín de la vida familiar se hace un reflejo de la fidelidad a su Iglesia y a los hombres del mismo Hijo de Dios, el Señor Jesús. Fidelidad que siempre dice esperanza, paciencia, perdón, confianza, apoyo, curación, ternura, promoción y tantas otras cosas, maravillosamente descritas por Pablo en su himno al amor (cf. I Cor. 13,1-13).

El matrimonio sacramental cristiano cuando es bien preparado, bien dado y recibido, bien vivido siempre es fructuoso. Esta fecundidad es ante todo espiritual y en primer lugar interior a la misma pareja: el crecer de ambos en su mismo amor deleitándose con sus flores, saboreando sus frutos y sembrando su simiente en todo su entorno. Es un desideratum, sin duda, pero por formar parte de su misterio sacramental, incluye la acción del mismo Cristo conyugal que se juega desde ese vínculo de amor construido por ambos y entre ambos para que se mantenga esa fecundidad en un crecimiento continuo. Uno es para el otro como el "sol de Cristo" que los hace madurar en el amor de una manera habitual, uniéndolos, reconciliándolos, transformándolos a la manera como Cristo lo hace con la Iglesia para que al terminar los tiempos la pueda presentar *"resplandeciente, sin manchas ni arrugas y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada"* (Ef. 5,27). Ambos se han prometido regalarse siempre ese tipo de amor, apoyándose en ese vínculo que los une donde opera el Señor. Por eso la exhortación del mismo Pablo *"marido, ama a la mujer como tu propio cuerpo"*, porque *"el que ama a su esposa se ama a sí mismo"* (Ef. 5,28), admite su correlativo poniendo "mujer" donde dice "marido" y "marido" donde dice "mujer". Y así vale "la que ama a su marido se ama a sí misma" y se puede explicar así mejor esa simpática y misteriosa expresión de Juan Pablo II: *"El matrimonio es un nosotros que se convierte en un yo"* (Catequesis, 1º.9.82).

Cuando se pierde esta vivencia, que hay que saber alimentar en la oración (I Cor. 7,5), el amor se hace estéril y termina por naufragar en el egoísmo, porque ambos descuidaron cultivar su dimensión sacramental. Solo podrán recuperar el vigor joven y fecundante de su primera ternura si se recuperan en el sentido *reconciliador* de su sacramento, si es que realmente se lo dieron el día en que se dijeron el SI en el altar.

Esta fecundidad espiritual, fruto del sacramento, al manifestarse por el cuerpo sexuado que por su genitalidad es principio de una nueva vida, se hace también física. Por eso desea y busca el hijo como exteriorización del amor. Se hace así reflejo del misterio trinitario en donde el amor unitivo, pleno y plenificante entre el Padre y el Hijo se hace eternamente una nueva Persona, la Tercera, el Espíritu Santo. En

este origen están el Padre y el Hijo como una sola realidad porque no se diferencian como Personas en el origen del Espíritu. Y es el acto sexo-corporal del matrimonio cristiano abierto al hijo la mejor imagen humana que se puede encontrar como reflejo de la unidad en la trilateralidad de Dios. En el acto de la entrega corporal esta él y ella y la posibilidad del hijo como si fuesen uno que son tres.

De esta manera la familia cristiana se transforma por obra de la gracia sacramental en una representación viva del misterio trinitario donde el amor mutuo de las dos primeras personas se personifica en una tercera.

El hijo es, por lo tanto, como un desafío a sus padres para que crezcan siempre en su mutuo amor, porque si él no es fruto continuo de ese amor, crece como si estuviese vacío de corazón. El hijo para hacerse integralmente hombre necesita desde su origen el alimento del amor conyugal más que cualquier otro tipo de alimentación. Por eso el hijo nunca puede ser un estorbo o impedimento para la realización personal de los cónyuges. Al contrario los invita continuamente a reflexionar sobre el sentido trinitario de su amor conyugal y a recurrir al Señor en cuyo nombre se comprometieron a vivir este misterio.

De aquí mismo nace, en tercer lugar, esa fecundidad más ampliada por la cual el matrimonio cristiano quiere ser un principio de vida por el amor en el contexto público en donde se manifiestan. Si esto falta se podría dudar de la madurez con que se prepararon y dieron el sacramento. La fecundidad divina del misterio trinitario no se encierra en sí misma, sino se abre al exterior. Por amor crea y por amor salva a la humanidad de su pecado. Esta misión creadora y redentora de las tres divinas Personas se refleja en las familias cristianas que buscan irradiar el bien de Dios en toda la sociedad humana. Por eso, no pueden encerrarse en sí mismas, resbalando en un estéril "familismo" porque la gracia sacramental de su amor las impele a irradiar en todos y en todo la vigorosa y universal fecundidad del Señor como fermento de amor en todas las estructuras de la convivencia humana.

El sexo y el encuentro corporal de los esposos también es asumido en el movimiento santificador de la encarnación redentora del Hijo de Dios. El momento cristiano y sacramental de la consumación del matrimonio por la primera recta realización del acto conyugal es de suma importancia. Por eso, la Iglesia tiene la potestad de disolver un matrimonio sacramental válidamente ratificado por el contrato, pero que por diversas razones no llegó a la consumación. Esto insinúa con suficiente claridad que el acto conyugal participa también de la dignidad del sacramento. El matrimonio sacramental carecería de uno de sus elementos plenificantes, mientras no llegase a la consumación. El sacra-

mento del matrimonio permanece en cierto modo manco, si el acto conyugal no lo fructifica y corona.

Por eso en el sacramento la consumación es al vínculo lo que la Eucaristía es al bautismo. Este es el sacramento de la iniciación cristiana, por el cual uno es incorporado a la Iglesia-Cuerpo-de-Cristo. Es decir, el bautismo pone al hombre, al ser hecho miembro de Cristo, en un dinamismo hacia la plena unión con El, cuyo anticipo y signo eficaz es la Eucaristía. Esta muestra y realiza la plenitud de la unión de amor en la fe entre Cristo y el cristiano, como miembro de la Iglesia; de lo cual el bautismo es una incoacción. Sólo por la Eucaristía *todos* los bautizados se hacen *un solo cuerpo* con Cristo, porque todos se alimentan de su único y transformante pan y vivificante bebida, el Cuerpo y la Sangre del Señor (I Cor., 10, 16-17). También los cónyuges entran por su alianza de amor, hecha pública y ratificada por la Iglesia, en un dinamismo que los lleva a poner el signo de que ambos son *dos* en *una sola carne*, mediante la entrega, activa y mutua, en el amor de sus dos cuerpos sexuados.

7. Amor conyugal y entrega al Señor

Es característica del amor humano que el amante no sólo trabaje por el amado y le dé algo, sino sobre todo se haga presente él mismo en su don, mediante un gesto de su propio cuerpo. Esto alcanza su nivel más íntimo en el amor conyugal donde la entrega es mutua, estable y definitiva y se realiza por el más profundo gesto del cuerpo sexuado, la cópula matrimonial. No es ésta una acción local meramente biológica, sino el signo más grande de la propia entrega personal, sólo superada por la entrega a la muerte de su propio cuerpo para salvar la vida del amado.

Así enfocado, el matrimonio cristiano y su acto conyugal no son un obstáculo a la entrega personal de ambos cónyuges al Señor. El en ese mutuo SI y en la subsecuente entrega de los cuerpos redime, purifica y eleva el sentido de su amor corpóreo-espiritual. Esto se va logrando en la medida en que cada cónyuge, conducido por la gracia de su sacramento y la fuerza de su amor, se entrega personalmente a la Iglesia, para hacerla crecer en el misterio de su unidad. Como es la presencia del Cristo eucarístico en la figura del pan y del vino desde el momento de la consagración así tendría que ser, por cierta similitud, la presencia de Cristo en el cuerpo sexuado de ambos cónyuges, en lo profundo de su acto conyugal. Su vida de convivencia con todas sus alegrías y sus penas se transfigura en Cristo, porque con plena sinceridad amorosa ambos se pueden decir que su acto conyugal lo han vivido "en el Señor".

Esta es la última razón por la cual la "Gaudium et Spes" mira el acto conyugal, hecho "en el Señor", como fruto y coronamiento del amor conyugal (n.49). La Eucaristía enseña a los cónyuges a entregarse de tal manera el uno al otro en sus cuerpos, que sea un signo en el amor del modo como Cristo entrega su cuerpo real para bien de toda su Esposa, la Iglesia. Es la reflexión y diálogo propios de la vida conyugal lo que permite a ambos cónyuges ver si ese sano momento de inconsciencia, propio del "éxtasis" del acto conyugal, que es perderse el uno en el otro para bien de ambos, es también un perderse "en el Señor", para el bien integral de ambos, de sus hijos y de toda la comunidad humana y eclesial. Si ambos cónyuges se esfuerzan por vivir su vida matrimonial bajo la luz que sobre ella proyecta la Eucaristía, su acto conyugal no se apartará del plan salvífico del Señor y verán su sexualidad purificada y plenificada en el misterio de la muerte y resurrección del Señor. Por la Eucaristía aprenden a morir a una visión exclusivamente humana de la convivencia conyugal y del encuentro de sus cuerpos, para resucitar en un pregozo del gozo del cuerpo resucitado, cuyo anticipo en la fe es el acto conyugal hecho en una atmósfera de mutua personalización cristiana.

8. Matrimonio y bendición sacerdotal

Ya es un hecho prácticamente no cuestionado en el rito occidental de la Iglesia que los cónyuges son los ministros del sacramento del matrimonio. ¿Qué significa, por lo tanto la presencia oficial del sacerdote ministerial en esta ceremonia sacramental? El da hasta ahora en nombre de la Iglesia la bendición nupcial. Tal costumbre apareció en la Iglesia por el siglo IV. Nace de una especie de sentido vivo, de una conciencia implícita del valor religioso especial del matrimonio. Esta manera de ver las cosas condujo progresivamente a la afirmación explícita de la sacramentalidad del mismo.

En el momento de las bodas el sacerdote -o su sustituto- representa, en primer lugar, a la Iglesia como institución jerárquica. Ella ha de velar por la sanidad de todas sus estructuras, en su origen queridas por Cristo, y por eso poner requisitos para asegurar la validez del sacramento. Ella es, en efecto, responsable de que el sacramento se confiera de acuerdo a la voluntad del Señor y al sentido que El le quiso dar. Desde este punto de vista el sacerdote con su presencia declara a todos los asistentes que la Iglesia nada tiene que objetar a esa pareja que se dispone a intercambiar su SI "en el Señor". Sólo aquí no hay que olvidar que la Iglesia así como hasta ahora delega a un presbítero o un

diácono, podrá hacerlo mañana con una pareja cristiana unida generosamente "en el Señor".

Pero este aspecto es el más exterior. El sacerdote asistente, sin dejar de ser testigo y representante de la Iglesia como institución jurídica, lo es sobre todo de la misma como comunidad de fe, esperanza y amor. Por eso, su bendición, con que se cierra la ceremonia nupcial, no es sólo la aceptación de la Institución y la manifestación de un pío deseo, sino la expresión de una voluntad operativa de la Iglesia en cuanto presencia visible y comunitaria de la gracia de Cristo en la tierra. Por su bendición la Iglesia se declara frente a su Cabeza y a la nueva pareja como garante y fiel intercesora para que el Cristo-esposal, -que funda, aumenta, cuida, sostiene y alienta esa nueva unión conyugal-, nunca deje de operar en ella por su palabra, su gracia y su amor. La Iglesia en su representante oficial da testimonio de la riqueza y delicadeza humana de su vida comunitaria en cuyo seno quiere que este acto tenga lugar y sea transformado por la acción de Cristo, su Cabeza y Esposo. Ella quiere que los novios cristianos hagan visible en su vida comunitaria su compromiso de amor y vida como signo de su propio misterio esposal, faceta peculiar del misterio pascual. Por eso les da su propia bendición para que no se olviden que están también comprometidos con toda la comunidad eclesial.

9. El matrimonio y el misterio pascual

Por su pleno amor al Padre y como concreción del intenso amor de Dios Padre por los hombres, Cristo manifiesta su amor hasta morir por los hombres en la cruz y darse a ellos como alimento, que los hace pasar de la muerte a una vida superior. La vida de amor entre los amantes es una dialéctica, un drama que lleva a lograr más vida, aún de las circunstancias más dolorosas de la existencia humana. Es explicable, por lo tanto, que el Señor haya elevado al nivel sacramental la relación de amor, estable y perdurable, entre un varón y una mujer, porque entre todos los amores humanos no hay uno más íntimo y comprometedor y al mismo tiempo más exigente que el amor conyugal. Ese amor recibe en el plan salvífico la misión de mantener visible la expresión de que Dios siempre es amor y de que como amante se juega hasta el fondo por el amado y pide correspondencia en la libertad. Misterio del amor de Dios que se refleja maravillosamente como en una imagen en el amor comprometido y generoso de un varón y una mujer que *se aman en Cristo*. Ellos están llamados a ser en la comunidad de los hombres los *pedagogos e iniciadores* de las exigencias y dulzuras de la unión en el amor y la libertad con el Dios salvador y con los otros hombres. Por su

gracia Cristo confía a toda pareja que "se casa en El" la misión de reflejar y hacer presente el amor unitivo, reconciliante y transformante de Dios a través de su misma experiencia diaria de amor, vivida en el corazón, el espíritu y el cuerpo y en todos los claroscuros de sus alegrías y tristezas. Es el cuerpo viviente de los casados que se unen a la muerte y resurrección del Señor para nacer y crecer siempre unidos en El y hacer entrar en ese misterio de la Pascua de Dios al fruto de su unión, la familia.

Por todo esto, cada esposo ha de aprender a recibir al otro cónyuge como una gracia para vivificar ambos en Cristo todos los valores íntimos y personalistas de la humanidad. Los valores de la sinceridad, de la nobleza, de la delicadeza, de la generosidad, de la paciencia y de tantos otros que se engendran y se fomentan en el amor genuino, encuentran en la verdadera y profunda relación conyugal su órgano generador. Por algo no se concibe un real y maduro amor entre un varón y una mujer que no termine en la constitución de una familia estable, escuela por antonomasia de los valores íntimos y personalistas de la humanidad. El Concilio de Trento con escuetas palabras señala esta misma dirección: La gracia sacramental del matrimonio "*profundiza el amor conyugal entre marido y mujer, ratificando además la unidad indisoluble entre los cónyuges y santificando a los esposos*" (D 969). La gracia sacramental "*profundiza el amor conyugal*", es decir le da una nueva dimensión que en términos actuales es interpretar, purificar, fecundar, y transformar en Cristo todos los valores íntimos y personalistas del amor, que la humanidad requiere para evolucionar de acuerdo a las exigencias de una creación redentora, cuya clave de bóveda es la muerte y resurrección del Señor. Es la Pascua de Cristo, -paso de la muerte a la vida-, que anticipa una nueva y superior vida donde reina la plenitud del amor. Por eso los cónyuges pueden ser llamados con propiedad *los sacerdotes de la vida familiar* y comenzaron a ejercer su sacerdocio el día que como ministros se confirieron mutuamente el sacramento del amor. Pío XI en un texto olvidado de la "*Casti Connubii*" lo afirmó con suficiente claridad: "*...Si los esposos no ejercitan sus fuerzas sobrenaturales, si no cultivan y desarrollan la simiente que han recibido, dejarán que una gran parte de la gracia sacramental sea para ellos el talento inútil, escondido bajo la tierra. Pero, si procuran cooperar...entonces, fortificados, santificados y como consagrados por tan gran sacramento, serán capaces...de todo eso*" (n.31).

El matrimonio sacramental revela la verdad del cuerpo de Cristo muerto y resucitado *en su dimensión de intimidad*. Revelación de una marcha hacia la plenificación en la unidad con la Pascua del Señor, en la que sexo y erotismo hablan de amor y el amor habla de caridad, para

que por medio del testimonio y sacramento de la pareja todos quieran aprender a amar al prójimo como Cristo amó a su Iglesia hasta morir por ella (Efes., 5,25). Esta referencia a Cristo universaliza un amor, al que deja totalmente concreto y singular, y le da consistencia dentro del Cuerpo místico. Son los cónyuges cristianos los que manifiestan a todos los hombres que el genuino amor al otro ha de ser concreto, sensible, unitivo y en Cristo, y para ello cuentan con la misma gracia del Señor, que da un sentido superior y salvífico a la unión de sus cuerpos, proyectos y corazones en el amor. *"La potencia de atracción del cristianismo en el mundo de hoy -dice Schillebeeckx- depende en gran parte de la realización visible de la sacramentalidad del matrimonio cristiano. La infidelidad y el fracaso culpables no son entonces tan sólo una falta contra el cónyuge, sino también contra Cristo y su Iglesia. El aspecto religioso y conyugal están íntimamente implicados en el matrimonio sacramental. La infidelidad conyugal, en todos los sentidos de la palabra, está tan relacionada con el abandono de la fe que aquella arrastra muchas veces a ésta. Todo está estrechamente vinculado al significado salvífico del propio matrimonio"*⁴⁷. El Cristo conyugal ha hecho del amor conyugal, del mismo acto conyugal, una *nueva creatura* en El para iniciar en el misterio unitivo del amor, que por ser humano es espiritual y sensible a la vez, a todos los hombres llamados a formar parte de su Cuerpo. Y en esta visión superior del matrimonio como una realidad salvífica se aprende a sufrir y gozar en el Señor todas las armonías y tensiones de la vida conyugal. Por eso, el matrimonio cristiano es como la Pascua de la vida diaria, pues en esa misma vida de todos los días se aprende y acepta a morir y resucitar en Cristo para crecer en el amor mutuo y de los otros en el mismo amor unitivo del Señor.

10. Matrimonio sacramental, escuela de vida cotidiana

El matrimonio cristiano no es una meta a la que se llega por el SI que se intercambia el día de las bodas, sino que es un mutuo SI que hay que ir plenificando a lo largo de toda la vida conyugal y familiar. Es una tarea que se realiza, respondiendo a las invitaciones del Cristo conyugal, en el claroscuro de la historia de cada pareja. El plan salvífico no es algo ya totalmente hecho, sino algo que todavía se va haciendo continuamente en el seno de la humanidad, y por lo mismo en el corazón de la realidad conyugal y familiar. Y aquí resalta el gran valor

⁴⁷ *El matrimonio es un sacramento,...*pg 35.

de la fidelidad, que no es otra cosa que el amor conyugal perdurando en el tiempo. Fidelidad del uno al otro; fidelidad de ambos al vínculo; fidelidad que dice confianza mutua y confianza de ambos en el Señor, que los hizo testigos y promotores de su amor unificador. El SI dicho el primer día tiene que estar ya empapado de una profunda y estimulante confianza que se fía de su mutua promesa y se compromete a alimentarla en el Señor.

Esto sin duda exige un requisito ineludible, que quizás en otras épocas la Iglesia oficial descuidó. El amor conyugal sacramental supone, para que sea realmente eficaz, una promoción y educación humana y cristiana de ese varón y esa mujer que quieren contraer y confirmar su unión bajo el signo del sacramento. Porque es muy cierto que si se rompe la perdurabilidad de la mutua intimidad en el amor, se hace difícil y costosa para ambos la fidelidad a su vínculo sacramental.

Es verdad que en la dinámica del amor está que los amantes hagan pública su decisión de casarse y quieran institucionalizar su relación. Si el amor no llega a esto, no se siente totalmente fuerte, porque la pareja amante intuye su dimensión social y sabe que no puede vivir al margen de la sociedad pública, si ambos quieren experimentarse como verdadera y maduramente hombres. Por eso se explica que un acto tan privado como el matrimonio quiera sentirse acompañado de solemnidad, es decir busca ser "publicitado". Estas ceremonias públicas les dan a ambos la garantía de que su consentimiento es real, al sentirse confirmados y asegurados por una sociedad y en un espacio, que sólo pueden dar a cualquier acto interno de voluntad su tranquilidad y plenificación. Solamente el consentimiento público da al amor y al contrato conyugal su sentido humano y religioso: declara que esta unión entre este varón y esta mujer está resuelta a conformarse a las líneas y exigencias fundamentales de su ser profundo y a las intenciones que el Dios salvador ha gravado en su naturaleza de hombres sexuados. Por eso, en principio, las parejas admiten las sanas exigencias de la institución y piden su aprobación, porque no se puede negar la dimensión socio-pública del matrimonio. Pero es también muy cierto que la tentación de la separación y del divorcio se hace muy intensa, cuando se rompe *toda posibilidad de intimidad*. Y aquí cabe la seria pregunta: ¿Cuántos matrimonios se han roto, porque se permitió el casamiento sin ninguna clase de preparación, ni humana, ni religiosa? ¿Y qué grado de validez tendrían tales matrimonios?

El cristiano casado sin lugar a dudas no desea que su amor sea desgraciado, pero si no se ha preparado maduramente para él y no quiere ser generoso en responder a sus exigencias, es casi inevitable que muera en su amor al otro cónyuge, o porque nunca supo lo que era ese amor

humano, o porque no quiso crecer en él a través de los vaivenes de la vida. El casado cristiano ha de grabar profundamente en su corazón que el matrimonio cristiano no es tanto el sacramento del amor, con todas las ambigüedades de este término, como el *sacramento del consentimiento en el amor*. Consentimiento que es un acto de fe humana, lúcida y constante, de un cónyuge para con el otro. Es *querer casarse*, porque se confía en la promesa de Dios y la promesa del otro, con esa persona determinada para lograr con ella la unidad en medio de la diversidad de temperamentos, de tiempos y de situaciones. Y este *firme querer*, que da consistencia y perdurabilidad al amor entre varón y mujer, sólo puede nacer de la libertad, la madurez y la reflexión. Por eso, la Iglesia no puede dar su consentimiento a los que *inmaduramente* quieren consagrar su lazo de amor "en el Señor", llevados a eso por diversas presiones del ambiente socio-cultural o por deficiencias de su psicología. Tiene, por lo tanto, la Iglesia derecho a exigir que los novios acepten seriamente una acertada preparación humana y catequesis prematrimonial, si desean casarse por el sacramento. Sólo así, por lo general, el fracaso de la pareja conyugal, nunca totalmente evitable, será imputado a su propio descuido y culpa.

Los novios cuando piden el sacramento han de aprender a confiar en el vínculo entre ellos y con Cristo y conocer concretamente el compromiso que asumen. El amor conyugal sacramental les va a exigir una tarea continuamente renovada, sembrada de imprevistos, porque la historia no se repite nunca. Los signos de los tiempos van siempre cambiando y requieren una continua renovación de actitudes: los primeros encuentros de la vida conyugal con su caja de sorpresas, la gestación del primer hijo, el nacimiento y los problemas de un nuevo ser en el hogar, las variaciones de la situación económica, las enfermedades y las limitaciones psicológicas, las tensiones de la extracción socio-cultural, el envejecimiento, los gustos y disgustos de la vida, la promoción del marido, de la mujer y de los hijos, las tentaciones de todo tipo y tantas otras cosas que sería interminable numerar. Humanamente hablando es bien complicado el marchar conyugal, el ser "dos para un camino", como planteaba una vieja película. Si el matrimonio cristiano no aprende a ver en todo esto la prolongación en su carne viviente del misterio de la muerte y resurrección del Señor, es difícil que puedan sobrevivir a los embates del tiempo. Sólo en Cristo, que vence el tiempo porque pasó por él y resucitó, pueden tener los cónyuges cristianos la garantía de que su amor perdura, se plenifica y participa cada vez más ricamente de la glorificación del mismo Señor.

11. Matrimonio cristiano y soledad

El matrimonio cristiano oculta en sí una extraña riqueza que la pareja ha de saber descubrir, educar y estimular en su corazón. Aunque los esposos son una sola carne, una sola realidad personal compuesta o dual, hay algo que deben vivir solos, en la soledad común con el Dios vivo, en el recogimiento de la oración. En otros términos, en el interior del matrimonio cristiano ha de estar presente el sentido profundo de la virginidad. Los cónyuges han de llegar a reconocer que hay una franja íntima en el hombre en la cual entra y trabaja el Dios salvador y nadie más. Todo bautizado en este aspecto ha de ser virginal, es decir, acoger a Dios, dialogar con El y dejarse transformar por su voz y su amor. Un matrimonio que no tiene ese corazón virginal es un matrimonio que no puede responder al plan salvífico de Dios, porque este plan es en el fondo una vivificación continua de la fe, que solo Dios puede producir, promover e intensificar en aquel que trata con El.

Todo casado recibe también, como contenido propio de su gracia sacramental, la invitación a entrar en el seno de su soledad espiritual. En ella aprende a amar más y mejor a su otro cónyuge y en él a sus hijos y a los otros para vivir mejor su sacerdocio de todos los días: hacer presente y visible a los ojos de la fe a Cristo redentor como unificador de corazones. Por supuesto esta soledad exige esfuerzo y puede hacer sufrir, porque a veces la cruz se hace sentir fuertemente en el corazón de un varón y una mujer casados. Pero aprender el arte, sostenido y conducido por la misma gracia del matrimonio, de estar solo con Dios y en El sin dejar de amar al otro, permite encontrar el sentido profundo de sí mismo y de su relación al otro, el sentido profundo del otro cónyuge, y la presencia trascendente y eficaz del Dios salvador que orienta todas las cosas y situaciones humanas a una manifestación cada vez más grande de su amor. En la medida en que el hombre casado vive esta dimensión de su virginidad por la oración, se encuentra de una manera enteramente nueva con su otro cónyuge, con sus hijos y con la comunidad de los hombres, a los que quiere servir en el amor, como lo hace Dios, y en el Señor. En este núcleo interior de virginidad armonizante ambos cónyuges aprenden a consagrar su intimidad al servicio de un Dios que quiere crecer en los hombres en y por un diálogo de amor.

12. Matrimonio y sacramento del hermano

Es el núcleo interpersonalizante de intimidad psico-orgánica y espiritual entre un varón y una mujer, que deciden seriamente vivir en una estable perdurabilidad su amor conyugal, lo elevado a ser signo eficaz del tipo de relaciones que Dios quiere entablar con los hombres

mediante el misterio del Cristo-Esposo e Iglesia-Esposa. Y donde falta este núcleo en el momento de contraer matrimonio, ya no es tan fácil, como lo era antes, hablar de validez del sacramento. Faltaría un elemento esencial al vínculo para que sea generador de gracia: saber a ciencia cierta y con madurez suficiente a qué se comprometen delante de Cristo tomando como testigo a la comunidad eclesial.

Este núcleo de intimidad ha de ser: 1) *Espiritual* porque son dos proyectos de vida que confluyen por la libre decisión de ambos cónyuges en la constitución y generosa promoción de una única comunidad de vida y amor, conforme describe al matrimonio y a la familia la Iglesia en el Concilio Vaticano II⁴⁸. 2) *Psicológico*, porque no es el mero encuentro biológico de dos cuerpos casi anónimos, sino dos personalidades que se entregan uno al otro porque se desean y se aman conscientemente y se saben suficientemente libres y creadores en las manifestaciones de su amor. 3) *Orgánico*, porque ese amor se visualiza y fructifica en el peculiar juego amoroso y entrega íntima de sus cuerpos sexuados y se vive de tal manera que contribuye a mantener a ambos en un proceso de promoción integral de ellos mismos y de toda la familia. Todo este triple nivel ha sido hecho signo eficaz por el sacramento del proceso de unificación santificante que el plan de Dios quiere realizar en el seno de toda la humanidad. En este núcleo de intimidad sobrenaturalizado por la presencia del Cristo conyugal se aprende a salir al encuentro del otro de una manera nueva y superior para mantener a los hombres y a su mundo en la nueva dinámica y exigencia que brota del plan salvífico de Dios.

El sacramento del matrimonio es el comienzo y la escuela del sacramento del hermano. El hombre aprende a amar o a rechazar a los otros primordialmente en su hogar. Los cónyuges son los primeros ministros del sacramento del hermano, porque son los custodios y promotores de los valores íntimos y personalistas de la humanidad. Estos son prerequisites indispensables para que ellos mismos y todos los hombres enderecen y mantengan su marcha en el sentido que le ha dado el plan salvífico de Dios. Es ésta la gran verdad de la reflexión cristiana que la pareja conyugal de bautizados ha de ir incesantemente aprendiendo y viviendo en la intimidad de su vida de amor. Es en la responsabilidad de su misión de hombres, en ese corazón virginal de soledad y en la comunión personal con el otro cónyuge donde cada uno descubre el concreto plan del Dios salvador y su peculiar vocación en el mismo. Entonces, el matrimonio recibe de Cristo en el rostro del otro cónyuge

⁴⁸ *Gaudium et Spes*, 48-52.

aliento, comprensión y gracia para llevar a cabo ese mismo plan de salvación en el amor. Y así los hijos y parientes, amigos y vecinos, allegados y hasta enemigos son invitados a incorporarse y crecer en este misterio de un Dios amante que por su Hijo y en su Iglesia derrama continuamente su Espíritu vivificante para que todos los hombres se unan, reconcilien y transformen en el seno de esa única familia del Padre celestial.

Conclusión

Todo matrimonio de hombres en su núcleo más recóndito es un trampolín hacia su sacramentalización. Toda unión de varón y mujer, en lo que tiene de amor, ya está trabajada por la sangre redentora de Cristo que murió por todos y por cada uno de los hombres. Al hacerse hombre asumió y purificó todas las estructuras y relaciones humanas para que fueran progresivamente entrando en el nuevo mundo de su resurrección. Schillebeeckx ha visto claramente esta dinámica sobrenatural de todo matrimonio: *"En el interior de la fe y en razón de esta misma fe, el matrimonio terreno tiene un sentido religioso. Cada matrimonio, aún el que no concierne sino al estado civil, es cristiano. Puede serlo plenamente, puede serlo en germen solamente según su orientación hacia Cristo, y puede serlo anónimamente o a veces negativamente, cuando el hombre rehúse de modo consciente este valor cristiano"*⁴⁹.

Es misión de la Iglesia en su dimensión histórica de hoy día reconocer este sentido "sobrenatural" del amor humano, del matrimonio y de la familia y dar medios y estímulos oportunos para que todos lleguen y vivan, explícita o por lo menos implícitamente, el sentido pleno de su sacramentalización.

Una frase del apóstol Pablo a su discípulo Timoteo puede poner un broche de oro a esta larga reflexión: *"Todo lo que Dios ha creado es bueno, y nada es despreciable, si se lo recibe con acción de gracias, porque la Palabra de Dios y la oración lo santifican"* (I Tim., 4, 4-5). Cuando hay un encuentro personal con la Palabra de Dios por la liturgia y vida de oración en la soledad, toda la vida y estructura matrimonial se va haciendo una boda de Caná, con su sobresalto y alegría, anticipo en la fe preñada de caridad de las bodas celestiales con el Cordero crucificado y glorioso.

⁴⁹ *El matrimonio: realidad terrena...*, p.91.